

590 28139
Una Ausencia

GALERIA DRAMATICA

DE

DON MANUEL PEDRO DELGADO,

en Madrid, calle de Jesus y Maria, n.º 4.

COMPRENDE

MUCHAS Y BUENAS OBRAS DE TEATRO,

ESCRITAS POR AUTORES DE CONOCIDA REPUTACION.



SE V
li
Y en las

LIBRERÍA DE MOYA.
MÁLAGA.
Gran repertorio
de comedias, dramas,
zarzuelas, etc.

MADRID
ios.
i se citan.

CATÁLOGO DE LAS COMEDIAS QUE CONTIENE ESTA GALERÍA,
publicadas hasta 1.º de Febrero de 1858.

Abadía de Castro.—Abuelito.—Abuelo.—Abuela.—A cazar me vuelvo.—Acertar errar
Accion de Villalar.—Adel el Zegrí.—Adolfo.—Afan de figurar.—A la una.—A la Zorra candil
Alberoni.—Alberto.—Alcalde Ronquillo.—Al César lo que es del César.—A lo hecho pecho
fonso el Casto.—Alfredo de Lara.—Alfonso Munio.—Alonso Cano.—Amante prestado.—An
de Teruel.—Ambicion.—Ambicioso.—Amigo en candelero.—Amigo mártir.—Amo criado.—
de madre.—Amor de hija.—Amor y deber.—Amor y nobleza.—Amor y amistad.—Amor
sus agravios.—Amoríos de 1790.—Angelo.—Ango.—Antony.—Antonio Perez.—Apotheosis d
deron.—Aragon y Castilla.—Ardides de un cesante.—A río revuelto.—Arte de conspirar
de hacer fortuna.—Astrólogo de Valladolid.—Atrás.—Aviso á las coquetas.—A un cobard
mayor.—Aurora de Colon.—Ayuda de cámara.—Anillo de la duquesa.—Arte por el emp
Amores á nieve.—Amar sin dejarse amar.

Bachiller Mendarias.—Baltasar Cozza.—Bandera blanca.—Bandera negra.—Bárbara
berg.—Barbero de Sevilla.—Bastardo.—Batelera de Pasages.—Batilde, ó América libre.—B
cas.—Blanca de Borbon.—Beltran el napolitano.—Bodas de doña Sancha.—Borrascas del
zon.—Bruja de Lanjaron.—Bruno el tejedor.

Caballero de industria.—Caballero leal.—Caballo del rey don Sancho.—Cada cual con
zon.—Cada cosa en su tiempo.—Calentura.—Calígula.—Calunnia.—Campanero de S. Pal
Capas.—Capitan de Fragata.—Carcajada.—Carcelero.—Cárlos II el hechizado.—Cárlos V e
frin.—Casada, vírgen y mártir.—Casamiento nulo.—Casamiento sin amor.—Casamiento á r
noche.—Cásate por interés.—Castigo de una madre.—Castillo de S. Alberto.—Casualidades
talina de Médicis.—Catalina Howar.—Cazar en vedado.—Cecilia la cigüececita.—Celos.—
infundados.—Cerdan, justicia de Aragon.—Chiton.—Cisterna de Albi.—Club revolucionar
Cobradores del banco.—Coja y el encogido.—Colegiales de Saint-Cyr.—Colon y el judío errar
Cómicos del rey de Prusia.—Comodin.—Compositor y la estrangera.—Condé don Julian.—
juracion de Fiesco.—Conspirar por no reinar.—Con amor y sin dinero.—Contigo pan y cebo
Copa de marfil.—Corazon de un soldado.—Corsario.—Corte del Buen Retiro, 1.ª parte.—
del Buen Retiro, 2.ª parte.—Corte de Cárlos II.—Cortesianos de don Juan II.—Crisol de la lealt
Cristiano, ó las máscaras negras.—Cristóbal el leñador.—Cromwel.—Cruz de oro.—Cuanc
acaba el amor.—Cuarentena.—Cuarto de hora.—Cuentas atrasadas.—Cuidado con las amig
Cuñado.—Cuna no dá nobleza.—Celos de un alma noble.

Daniel el tambor.—Degollacion de los inocentes.—Del mal el menos.—Desban.—Desc
do.—Desengaño en un sueño.—Detrás de la cruz el diablo.—De un apuro otro mayor.—D
Cojuelo.—Dia mas feliz de la vida.—Diana de Chivri.—Dios mejora sus horas.—Dios los e
ellos se juntan.—Diplomático.—Disfraz.—Disfraces á media noche.—Dómine consejero.—D
varo de Luna.—Don Alvaro ó la fuerza del sino.—Don Crisanto.—Don Fernando el de Ant
ra.—Don Fernando el Emplazado.—Don Jaime el Conquistador.—Don Juan de Austria.—
Juan Tenorio.—Don Juan de Marana.—Don Rodrigo Calderon.—Don Trifon, ó todo por el d
ro.—Don Juan Trapisonda.—Doña Blanca de Navarra.—Doña Gimena de Ordóñez.—Doña M
de Molina.—Doña Mencía.—Doña Urraca.—Dos amos para un criado.—Dos hijas casader
Dos doctores.—Dos coronas.—Dos validos.—Dos celosos.—Dos granaderos.—Dos padres
una hija.—Dos solterones.—Dos vireyes.—Dos venganzas y un castigo.—Dos tribunos.—Du
y compañía.—Duque de Braganza.—Duque de Alba.—Duquesita.—Dote de María.—Dios c
ga sin palo.—Duende del meson, *zarzuela*.

E. H.—Eco del torrente.—Editor responsable.—Egilona.—Elisa, ó el precipicio.—El qu
casa por todo pasa.—Elvira de Alborno.—Ella es.—Ella es él.—Ellas y nosotros.—Emil
Empeños de una venganza.—Encubierta de Valencia.—Encantos de la voz.—Engañar co
verdad.—Entremetido.—Entrada en el gran mundo.—Ernesto.—Errores del corazon.—Esc
de mano.—Escuela de las casadas.—Escuela de las coquetas.—Escuela de los periodistas.—
cuela de los viejos.—Espada de mi padre.—Espada de un caballero.—Españoles sobre to
Estaba de Dios.—Está loca.—Estrella de oro.—Errar la vocacion.—Es un bandido.—Estup
y ambicion.—Escomulgado.—El diablo está en todas partes.—En palacio y en la calle.—Esc
del siglo de las luces.—Espulsion de los jesuitas.—Escuela de las amigas.—Espiacion de un d
Fabio el novicio.—Familia del boticario.—Familia de Falklan.—Familia improvisada.—F
tico por las comedias.—Farsa, ó mentira y verdad.—Felipe.—Felipe el Hermoso.—Fer
Mairena.—Fernan-Gonzalez, 1.ª parte.—Fernan-Gonzalez, 2.ª parte.—Finezas contra desví
Flaquezas ministeriales.—Flavio Recaredo.—Floresinda.—Fortuna contra fortuna.—Fray d
de Leon.—Frenología y magnetismo.—Frontera de Saboya.—Funcion de boda sin boda.—F
peranza y osadía.

Gaban del rey.—Gabriel.—Gabriela de Belle Isle.—Galan duende.—Ganar perdiendo.—G
laso de la Vega.—Gaspar el granadero.—Gastrónomo sin dinero.—Gata mujer.—Genoveva.—
doloro.—Gran capitán.—Grumete.—Guante de Coradino.—Guantes amarillos.—Guillelmo
man.—Guillelmo Tell.—Guzman el bueno.—Gracias de Gedeon.—Garras del diablo, *zarzu*

Hasta el fin nadie es dichoso.—Hacerse amar con peluca.—Hermana del sargento.—He
ni, ó el honor castellano.—Héroe por fuerza.—Heroismo y virtud.—Higuamota.—Hija del
ro.—Hija del regente.—Hija, esposa y madre.—Hijo de la tempestad.—Hijo de la viuda.—

UNA AUSENCIA.

DRAMA EN DOS ACTOS

arreglado al teatro español

POR

DON VENTURA DE LA VEGA.

Este drama ha sido aprobado para su representacion por la Junta de censura de los teatros del Reino el 6 de Mayo de 1849.



MADRID.

IMPRENTA DE DON JOSÉ MARÍA REPULLÉS.

Enero de 1852.

1.º de mayo, 1849

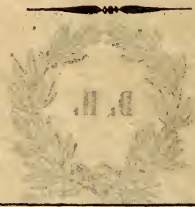
PERSONAS.

ACTORES.

DON ENRIQUE.	<i>Don Julian Romea.</i>
DOÑA CLARA.	<i>Doña Matilde Diez.</i>
DOÑA VIVIANA.	<i>Doña Gerónima Llorente.</i>
ANSELMO.	<i>Don Antonio de Guzman.</i>
ROQUE.	<i>Don Mariano Fernandez.</i>
LUCÍA.	<i>Doña Teodora Lamadrid.</i>

ACOMPAÑAMIENTO.

La escena es en una quinta de don Enrique. — 1839.



Este drama pertenece á la Galería Dramática , que comprende los teatros moderno , antiguo español y extranjero , y es propiedad de sus editores los *Sres. Delgado Hermanos*, quienes perseguirán ante la ley para que se le apliquen las penas que marca la misma al que sin su permiso le reimprima ó represente en algun teatro del Reino , ó en los Liceos y demas Sociedades sostenidas por suscripcion de los Socios, con arreglo á la ley de 10 de Junio de 1847, y decretos Orgánico y Reglamentario de teatros de 7 de Febrero de 1849.

ACTO PRIMERO.



Sala que da al jardin. — Puertas laterales. — En el proscenio, una mesa á la izquierda y un velador á la derecha.

ESCENA PRIMERA.

LUCÍA, *sentada á la derecha, arreglando un vestido, y distraida.* ROQUE *á la izquierda, sentado á la mesa y escribiendo.*

Roque. (Repasando lo que ha escrito.) «Cuenta de la obra que tengo hecha, yo el abajo firmado, Roque Busquet, maestro sillero y tapicero, para la quinta del señor coronel don Enrique de Alfaro.» — Vaya una quinta!... la mas hermosa posesion de todo el reino de Valencia... y aqui, á dos pasos de la capital, como quien dice... habrá una legua escasa... Pero estaba todo esto tan á la antigua!... con unos muebles y unos damascos... allá del tiempo del Cid Campeador... que ha sido preciso vestirlo de nuevo... y vaya si está ahora con lujo!... (A Lucía.) Lucía!... Muger!... Lucía!...

Lucía. (Saliendo de su distraccion.) Qué!... qué quieres?

Roque. Qué haces?

Lucía. Yo?... Arreglar este vestido de la señora.

Roque. Qué has de arreglar!... si te estoy viendo ahí hecha un monote, mano sobre mano con los ojos tiesos... vamos, vamos! que no me gusta eso, Lucía!... Te vas tú tambien á poner como la señora, que de algunos meses á esta parte no hay quien la conozca de tristona y desmejorada que está? — Y ella, al fin, es una señora de conveniencias, que tiene caudal y lujo... casada con un hombre rico... vamos! tiene permiso para fastidiarse cuando le dé la gana. Pero una costurera como tú, querer tambien hacer de...

romántica, como dicen ahora!... no faltaba mas!... bien iria nuestra hacienda!...

Lucía. Siempre has de estar regañando!

Roque. (*Levantándose y yendo hácia ella.*) Es que te has mudado de una manera, *Lucía*, que no te conozco! Cuatro años hace que estamos casados, y siempre has sido viva, alegre, de buen humor... me acuerdo que nos poníamos á trabajar, yo en mis sillas, y tú en tus vestidos... y á veces me quedaba embobado oyéndote charlar y cantar... á lo mejor venías corriendo á darme un abrazo... Luego los domingos, siempre te empeñabas en salir á paseo conmigo... íbamos los dos de bracero... que daba envidia... Pero ahora!... ayer, ayer mismo... dónde te fuiste á comer y á pasar la tarde?

Lucía. Toma! á la huerta de mi tia Colasa.

Roque. La tia Colasa!... y por qué no me convidó á mí tambien?—Por la tarde me fui á pasear solo con los dos chiquillos... á la vuelta tuve que traerlos en brazos... y por fin de fiesta tuvimos una riña.

Lucía. Como eres tan amable!...

Roque. Amable!... Ya lo sabias cuando te casaste conmigo. Tiempo tuviste de conocerme á fondo: soy así... áspero, desabrido... pero honrado, que es lo principal. Y lo mismo ahora que antes... quien ha mudado eres tú.

Lucía. Pues, yo!

Roque. Sí señor, tú... hace algunos meses.

Lucía. Ganas de hablar, y nada mas!... vaya! qué motivos tienes?...

Roque. No hay que enfadarse, ni que ponerse colorada... Callemos, que aqui viene mi tio Anselmo el mayordomo... de mal gesto, como lo tiene de costumbre.

ESCENA II.

LUCÍA, sentada. ANSELMO. ROQUE.

Anselmo. (*Por el foro.*) Estas modas!... esta mania de reformarlo todo! Quién conoce ya la quinta! papeles pintados en las paredes... cuadros... cortinas de muselina con ringorangos de raso y flechitas doradas...

en vez de aquellos damascos... de aquellos tapices!... Vamos, sobre que ya no me parece estar en la quinta donde nací!... Ah! qué tiempos!... qué baraunda!...— Esto parece una casita de muñecas!

Roque. Ya! Como que se ha convertido en una quinta de recreo, á la moda de Francia!

Anselmo. De Francia!... Todo de Francia. Y cuando mi amo vuelva de campaña, despues de un año de ausencia; en lugar de verse en la casa de sus padres... se le figurará que entrá en Francia. Y yo, que he nacido, que me he criado aqui! Esos damascos, esos tapices, esos sitiales que habeis echado á rodar eran otros tantos récuerdos de mi niñez, de mi juventud, de mis alegrías, de mis penas... eran mis ilusiones, eran mis amigos!— En fin, no hablemós de esto. Cuando vuelva mi amo... si es que vuelve... si alguna picara bala... (*A Roque, que se ha ido acercando con un papel en la mano.*) Qué es eso?

Roque. Es la cuenta, para que usted la examine... Está hecha en conciencia, tio; usted me ha propórcionado trabajar para la quinta, y siendo cosa de usted no habia yo de ir á...

Anselmo. (*Leyendo.*) Lo has puesto todo?

Roque. Vaya! todito. La silleria de nogal... los cortina-ges... todo!

Anselmo. Cuánto gasto inútil!... qué locuras!... — En fin, á mi no me importa. El amo ha querido dar gusto á la señora...

Lucía. Y es natural! una jóven tan buena, tan amable, tan linda!... con unos ojos!...

Anselmo. Si: hija de un general que mandaba una division en el ejército del Norte... mi amo fue de ayudante suyo... y se enamoró de la hija... ya se ve! jóven, rico, coronel... qué habia de hacer el general?... se la dió por esposa... y se casaron... maldita guerra!... y malditas mugeres!...

Lucía. Qué galantería!

Anselmo. Yo no soy galante, ni quiero; está usted, señorita? Ahora estoy yo para galanterías...

Lucía. Ni ahora ni nunca, es verdad... pero si la señora le oyera á usted...

Anselmo. Maldito lo que me importaria!... Yo he dicho

siempre mi sentir, y puedo decirlo; porque mi amo... está usted, señora Lucía?... mi único amo, que es el señor don Enrique de Alfaro, á quien he visto nacer, á quien he criado, á quien he llevado en mis brazos, me tiene dicho: «Anselmo, mientras yo viva, no saldrás de mi casa.» Y yo le he respondido: «No saldré...» Y no saldré... pues!... porque mi amo... sabes tú quién es mi amo?... mi amo es la misma honradez... la virtud misma... el mejor corazón que hay en España... y merecía haberse casado con un ángel del cielo.

Lucía. Merecía!... pues no le ha cabido tan mala suerte!... Qué tiene usted que decir de la señora?

Anselmo. Yo!... digo yo algo?

Lucía. Ya!... pero echa usted unas indirectas...

Roque. Sí, tío... echa usted unas indirectas!

Lucía. (*Levantándose y acercándose á Anselmo.*) Hay señora mas respetada ni mas querida en todas las ceranías de Valencia?...

Roque. Cá!...

Lucía. Hay quien dé tantas limosnas á cuantos pobres se presentan?

Roque. Oh!...

Lucía. Hay quien observe una conducta mas ejemplar?

Roque. Uh!...

Anselmo. (*Con un movimiento de impaciencia.*) Quién dice que nó?...

Lucía. Pues bien. — Y hace ya un año que su marido la tiene aqui sola en esta quinta... con su tia doña Viviana por única compañía... por estarse allá en la guerra...

Anselmo. El amo está cumpliendo con su obligación como militar de honor... pero, ya se ve!... el cumplir la obligación no á todos les parece divertido... y... luego... un año de constancia es cosa tan larga...

Lucía. Por supuesto!... y en cuanto á constancia, los hombres pueden servir de modelo!... Aqui está el señor Anselmo, que no hace mucho adoraba á la señora...

Roque. Es verdad, tío!... vaya... se hubiera usted dejado descuartizar por ella... Y sino, cuando aquella noche se prendió fuego á la quinta... y usted se cha-

muscó todo y se perniquebró por sacarla del fuego.

Lucía. Y ahora pone un gesto, siempre que se habla de ella!... no parece sino que se nombra al diablo!

Anselmo. Qué estás ahí diciendo, charlatana? Digo yo algo de la señora?... Me quejo yo de ella?...

Lucía. Pues de quién?

Anselmo. De su tia... de esa doña Viviana...

Lucía. De mi madrina!... pues mi madrina es una señora muy guapa, y de muy buenos sentimientos!

Anselmo. Y muy sabihonda y muy empalagosa!... vieja mas parlanchina!... siempre con novelas... siempre inventando farsas y saraos y... Buen ejemplo para una jóven de diez y nueve años!

Lucía. Mas mérito para la señora... si á pesar de ese ejemplo que usted dice, se porta con tanto juicio... Pero á las mugeres nunca se nos hace justicia... (*Vuelve á sentarse.*)

Anselmo. Muchas veces... si se os hiciera!...

Lucía. Anda!... qué político es! — Pero ya sé yo que la amabilidad con las mugeres no es su fuerte de usted.

Anselmo. Pues no podias darme esa queja mas fuera de tiempo... porque ayer mismo por la tarde te saludé dos veces, sin que te dignaras ni siquiera mirarme...

Roque. Ayer?... y dónde? dónde?

Anselmo. En la huerta de Colasa... donde se estaba paseando de bracero con...

Roque. Saliste á pasearte con tu tia, despues de comer?

Lucía. (*Turbada.*) Si, Roque.

Anselmo. (*Con intencion, acercándose á Lucía.*) Ah, sobrina!... era tu tia Colasa... aquella persona que iba de bracero contigo?...

Lucía. (*Con tono suplicante.*) Tio Anselmo!...

Anselmo. (*En voz baja y con aspereza.*) Bien, bien!... yo no reparo nunca lo que no me importa.

Roque. Qué, qué?... qué es eso?

Anselmo. Nada, nada... (*Dándole la mano.*) El bueno de Roque!... Voy á examinar tu cuenta... que aqui viene doña Viviana.

Roque. (*Escamado.*) Vaya! aqui hay gato encerrado.

DICHOS. DOÑA VIVIANA, por el foro.

(La colocacion es: Lucía. — Doña Viviana. — Roque. — Anselmo, empezando á contar por la derecha del actor.)

Doña Viviana. Nada, nada... no hay que entrar ahora á ver á mi sobrina: luego... yo avisaré. — Anselmo, Lucía... voy á daros mis instrucciones para cierta cosa... pero cuenta con decirlo... habeis de guardar el mayor secreto! — Ah! Roque, ya que ha venido usted á la quinta, nos ayudará tambien.

Roque y Lucía. A qué?

Doña Viviana. Chit!... cuidado con charlar! — Hoy es el cumpleaños de mi sobrina Clarita... y como la pobrecita está mas aliviada de esa dolencia que padece, es preciso distraerla.

Lucía. Ay! voy yo la primerita á darle los dias!...

Doña Viviana. (Deteniéndola.) Chit!... estás en tu juicio? Nadie la ha de decir nada hasta el momento crítico. Tengo proyectada una escena... un golpe dramático, que la llene de sorpresa y admiración.

Anselmo. (Aparte.) Pues!... novelas... farsas!

Doña Viviana. He escrito á varios amigos de Valencia, para que vengan á pasar aqui el dia. Tendremos comida... baile... fuegos artificiales... En fin, espectáculo, vida, movimiento... oh! yo me desvivo por festejar á mi sobrina! — El jardín estará iluminado, y habrá un trasparente con la cifra del nombre de Clarita... ya vereis! — Asi que lleguen los convidados yo la haré bajar al jardín á dar un paseo... y entonces me presento yo á la cabeza de todos y le dirijo mi arenga... cómo se va á sorprender!

Anselmo. (Aparte.) Eso es!... la funcion será para la tia!

Doña Viviana. Solo quisiera inventar para el desahuce... como si dijéramos, para la catástrofe, algun rasgo terrible... inesperado... asi... un golpe de teatro, de aquellos que suspenden y estasian... qué haríamos?

Lucía. Piénselo usted, madrina.

Doña Viviana. Qué le parece á usted, Anselmo?

Anselmo. (Pasando junto á doña Viviana. — Lucía. —

Doña Viviana. — *Anselmo.* — *Roque.*) Yo, señora, me limitaría á decirle al ama: «Sobrina mia, hoy es » aniversario del día en que naciste para orgullo de » tus parientes y felicidad de tu esposo... acuérdate » de él y de tus deberes... y venga un abrazo.» — Esta sería mi arenga.

Doña Viviana. Jesús! qué cosa tan prosáica!

Lucía. Eso es muy así... muy simple...

Anselmo. Puede ser... tambien le añadiría: «Si no te » obsequio con más aparato, es porque durante la » ausencia de tu esposo, que está presentando el pe- » cho, acaso en este instante, á las balas enemigas, » no me parece decoroso andar con bailes, con co- » midas, con fuegos artificiales...»

Doña Viviana. Señor Anselmo!...

Anselmo. Como usted me pedia mi parecer...

Doña Viviana. Su parecer de usted es impertinente é irritante... puede usted omitirlo.

Anselmo. Bien: me lo guardaré... con otros muchos que no se me han pedido... y que hubiera sido conveniente seguir. (*Roque pasa junto á su muger.* —

Roque. — *Lucía.* — *Doña Viviana.* — *Anselmo.*)

Doña Viviana. Yo no necesito su aprobacion de usted, ni su censura. Hago lo que me conviene... y lo que convendría tambien á mi sobrino Enrique, si estuviera aqui... que aqui debia estar... y no andarse en esas guerras sin qué ni para qué... un hombre casado... un hombre rico... llevar ya un año sin parecer por su casa... teniendo aqui á su muger sola... vamos!... vamos!...

Anselmo. Si mi amo, siendo rico, se está por allá en campaña... sus razones tendrá...

Doña Viviana. Qué razones puede tener?...

Anselmo. Razones, señora, que si usted no sabe apreciar... tanto peor para usted! — Pues qué, por ser rico, no ha de tener honor?... no ha de tener entusiasmo?... no ha de responder al grito de la patria?... un jóven... un militar... habia de ver asolar nuestro país, saquear nuestras casas... y habia de permanecer tranquilo é indiferente?... Algunos lo hacen... pero mi amo es buen español.

Doña Viviana. Eso sí; pero al menos escribir, se-

ñor!... se pasan meses sin recibir una carta suya... ni de mi hermano... el general... el padre de Clarita...

Anselmo. Los dos están juntos!...

Doña Viviana. Válgame Dios! qué guerra!... esto es vivir con el alma en un hilo! temiendo cada día recibir alguna nueva funesta!... Jesús!... Jesús!... así está la pobre Clara... en una continua agonía!...

Ah! fue usted esta mañana á la ciudad, según mandó mi sobrina?

Anselmo. Si señora: fui.

Doña Viviana. Trajo usted los encargos?

Anselmo. Aquí está todo.—La novela para usted... Los periódicos de hoy... estas cartas...

Doña Viviana. Y se ha estado usted con todo ello en el bolsillo hasta ahora?... Válgame Dios!... venga acá.

Anselmo. Si será alguna del amo?...

Doña Viviana. (Mirando los periódicos.) La Gaceta.—

A ver qué trae.—(Lee.) «La division que habia salido el 13 de Vitoria estuvo á pique de ser sorprendida y envuelta al amanecer del 14 por doble número de batallones facciosos.» Dios mio!... Si!... es la division que manda mi hermano!

Roque. El señor general?

Lucía. El padre de la señorita?...

Anselmo. Dónde va mi amo?...

Doña Viviana. Sí... la misma!... Ay Dios!... sorprendida!...

Anselmo. Lea usted, señora!

Doña Viviana. (Lee.) «Ya empezaba á introducirse en ella el desorden, á pesar de los esfuerzos del general, que decidido á perecer...» Ay Jesús!... «se arrojó sobre el enemigo sable en mano á la cabeza de su escolta...» Ay!... Ay!... Mis nervios!... mis nervios!...

Lucía. (Sosteniéndola.) Señora!... Ayudadme...

Anselmo. Una silla!... (Roque arrima una silla, donde la sientan.—Anselmo, tomándola la Gaceta.) A ver!... á ver!... (Lee.) «...de su escolta. Todo estaba perdido, y el general en poder de los enemigos, cuando se presenta repentinamente el bizarro brigadier

» don Enrique de Alfaro, que habia logrado rehacer
 » á los fugitivos, y al grito de *viva la Reina! salve-*
mos á nuestro general!... cayó como un rayo sobre
 » los rebeldes desbaratándolos completamente, sal-
 » vando al general y á todos los prisioneros, y po-
 » niendo en derrota al enemigo, que huyó dejando el
 » campo cubierto de cadáveres...» Ah!... este es mi
 amo!... mi querido amo!... el buen soldado... el buen
 hijo...

Doña Viviana. Ya respiro... (*Levantándose.*)

Anselmo. (*Leyendo.*) Cielos!...

Doña Viviana. Qué es eso... otro susto...

Anselmo. (*Leyendo.*) General!... mi amo general!...

Roque y Lucía. General!...

Doña Viviana. Cómo...

Anselmo. (*Leyendo.*) «S. M. se ha dignado promover al
 » empleo de mariscal de campo de los ejércitos nacio-
 » nales al brigadier don Enrique de Alfaro...»

Doña Viviana. Otro general en la familia!

Anselmo. Ah! quién pudiera estrecharlo contra el co-
 razón!...

Doña Viviana. A ver si las cartas dicen algo... (*Abrién-*
dolas.) Esta es letra de mi sobrino!...

Anselmo. De mi amo?... Lea usted, señora, lea us-
 ted!...

Doña Viviana. (*Leyendo.*) Qué está bueno!...

Anselmo. Y qué mas?... y qué mas?...

Doña Viviana. (*Leyendo.*) Dios mio!... que acaso esta
 tarde nos dará un abrazo!...

Anselmo. Esta tarde!... Ah... y qué apretado!...

Doña Viviana. Oh! qué magnifico... hé aqui completo
 mi plan! el desenlace, la catástrofe que yo busca-
 ba!... En medio de la ceremonia, se presenta el ma-
 rido... sorpresa!... golpe de teatro!... No falta mas
 que prepararlo bien... y eso queda de mi cuenta...
 con tal que ninguno vaya á picoteárselo á mi sobrina!

Anselmo. Mi querido amo!... Oh! yo seré el primero
 que le abraza!... saldré á recibirlo... por-qué cami-
 no vendrá?...

Doña Viviana. Por ninguno... Ya empezamos! — Ade-
 mas hace usted falta aqui para disponer la comida...
 cuidar de la plata... el abaco el obispo el cura

- Anselmo.* Señora... dispéñseme usted por hoy...
- Doña Viviana.* No puede ser! La obligacion es lo primero.
- Anselmo.* Bien sabe usted que nunca he faltado á ella... Pero en una ocasion como esta!... cuando mi amo... mi querido amo llega, despues de un año de ausencia, este pobre viejo que lo ha visto nacer, que lo ha criado, que lo ama como á un hijo... Ah! señora!... daria otro año de su vida por salir á recibirlo... por darle el primer abrazo!...
- Doña Viviana.* Qué tono de tragedia clásica!... Jesus!... un mayordomo sensible!... qué ridiculo...
- Anselmo.* Si no hubiera en el mundo mas viejos ridiculos que yo!...
- Doña Viviana.* Señor Anselmo!... (*Yendo hácia él.*)
- Roque.* Tio!...
- Anselmo.* Vaya noramala! (*Pasa á la izquierda de Roque. — Lucía. — Doña Viviana. — Roque. — Anselmo.*)
- Doña Viviana.* Insolente!... malandrin!... Salga usted de casa al instante!
- Anselmo.* Salir!... Yo estoy en la casa del señor don Enrique de Alfaro, que es mi único amo.
- Doña Viviana.* Pero mientras él esté ausente, mi sobrina es el ama; y cuando yo le cuente la insolencia de usted... ella será quien lo eche á la calle.
- Anselmo.* A la calle?... Veremos!...
- Doña Viviana.* Qué es veremos?... Hola, hola!... pues veremos si entre su tia y un criado insolente...
- Roque.* Por Dios, tio...
- Lucía.* Conteneos!...
- Anselmo.* Lo dicho: veremos.
- Roque.* Tio... que viene la señora!

ESCENA IV.

DICHOS. DOÑA CLARA, que sale por el foro.

(*Lucía. — Doña Viviana. — Doña Clara. — Anselmo. — Roque.*)

Doña Clara. Qué ha sucedido!... qué ruido es este?

Doña Viviana. Ese criado insolente... ese viejo discolo, que ha tenido la osadia de faltarme al respeto!...

- Doña Clara.* Cómo es eso, Anselmo!...
- Doña Viviana.* Ha insultado á tu tia... y tan groseramente, que exijo de tí que se le despida de casa ahora mismo.
- Doña Clara.* Es posible, Anselmo?...
- Anselmo.* Si señora... la he faltado... lo confieso...
- Doña Clara.* (Conmovida y sin severidad.) Mal hecho... muy mal hecho!... Si no por consideracion á mí, que estoy enferma, á lo menos por mi marido... por su amo, debia usted, Anselmo, respetar á mi tia.
- Doña Viviana.* Eso es!... háblale con toda dulzura, con toda amabilidad! — Ya puedes despedirlo ahora mismo; yo lo exijo!
- Doña Clara.* Lo merecia sin duda!
- Anselmo.* Pronto estoy á dar mis cuentas.
- Doña Viviana.* (Instando á doña Clara.) Vamos!
- Doña Clara.* Bien... ahora... quiero hablar con usted solo.
- Doña Viviana.* Y á qué santo?...
- Doña Clara.* Tia, por Dios!... No es cosa de dar un escándalo delante de Lucia... delante de todo el mundo... (A Anselmo.) Luego... de aqui á una hora... vuelva usted.
- Anselmo.* Bien, señora. (Mientras doña Clara se dirige hácia el fondo, Anselmo echa una mirada de triunfo á doña Viviana, y dice al irse en voz baja á Roque:) No te dije que no me despediria?... No tengo miedo.

ESCENA V.

LUCÍA, sentada. DOÑA VIVIANA. DOÑA CLARA. ROQUE.

- Doña Viviana.* Pues!... por esas blanduras tuyas harás que cualquiera se nos suba á las barbas... y yo no lo he de aguantar... clarito!...
- Doña Clara.* Bien, tia!... si ya le he dicho á usted que quedará satisfecha. — Pero, por qué ha sido ello?
- Doña Viviana.* Por nada... por una futesa... por estas cartas que traia el señor mio... Y aun no las he acabado de leer... Aqui hay unas para ti. (Le da unas cartas; doña Clara va á sentarse á la izquierda jun-

to á la mesa.) Estas son para mí... «la segunda entrega del Castillo de Estrambangausen ó la ramera sensible...» El Entreacto... Y esta?... «A Lucía Grao. = En la quinta de Alfaro...» Esto no es para mí.

Lucía. (Levantándose.) Ay Dios!... será una equivocación...

Roque. (Tomando la carta.) Puede ser.

Lucía. (Quitándose la.) Que no es para tí. (Doña Viviana se va á leer junto al velador de la derecha. Lucía y Roque están en medio en el proscenio.)

Roque (A media voz.) Y qué importa! Yo quiero enterarme...

Lucía. (Turbada á media voz.) Pues no señor... es mucha curiosidad!... No porque á mí me importa nada...

Roque. Pues bien, señora Lucía, á mí me importa mucho... Te parece que no reparé yo poco há cuando hablaste en secreto con mi tío Anselmo?... Y él me miraba despues con un aire de lástima que me voló...

(Irritándose por grados.) Yo no quiero que me tengan lástima... estamos?

Lucía. (Incomodada.) Si vas á hacer caso de las chucheces del tío Anselmo, no tendremos un instante de paz.

Roque. Pues vamos á ver; por qué viene dirigida la carta á esta quinta?

Lucía. Porque saben que he venido aquí por temporada, á coser para la señora.

Roque. Pues dame la carta.

Lucía. No me da la gana.

Doña Clara. (Interrumpiendo impaciente la lectura.) Qué es eso, señor?... otra disputa! — Cuidado que es desgracia la mía!... Ni aun aquí en esta quinta, donde me he venido á vivir casi aislada, puedo tener un instante de tranquilidad!

Roque. (Acercándose á doña Clara.) Señora... disimule usted... mi muger tiene la culpa.

Lucía. Mi marido es quien la tiene.

Roque. No me quiere enseñar esa carta...

Lucía. Por qué ha de querer saber mis secretos?...

Roque. Y por qué ha de tener secretos para mí? En un buen matrimonio no debe haberlos entre marido y

muger; y si ella los tiene y me los oculta, señal que está culpada.

Doña Clara. (Agitada.) Culpada!... qué dice usted?... quién le da á usted derecho para acusarla?

Roque. Ella misma... Por mi parte no habria un si ni un no en el matrimonio, que yo soy como un cordero; pero ella... En fin, si esa carta no tiene nada de particular, que se la enseñe á usted. (Toma del brazo á Lucía, y la hace pasar junto á doña Clara.) En usted me fio, señora, en usted, que es la prudencia y la virtud misma; si usted me dice que debo estar tranquilo, se acabó todo.

Doña Viviana. Vamos, Lucía, ese es un medio término...

Lucía. Es verdad, madrina... Pero á qué hemos de ir á distraer á la señora con nuestros asuntos particulares!...

Roque. Pero si la señora consiente...

Lucía. Pero...

Roque. Hola, señora Lucía, se niega usted?... Se niega.

Lucía. No señor, no me niego. (Da la carta á doña Clara. Doña Viviana.—Roque.—Lucía.—Doña Clara.)

Aquí está:

Doña Clara. (Al recibir la carta le toma la mano.) Lucía, tú tiembas!

Lucía. No señora...

Doña Clara. (La mira, despues mira la carta, y sin abrirla, dice á Roque, levantándose y pasando junto á él:) Bien... ahora... yo la leeré despacio y hablaremos... fie usted de mí.

Roque. Me basta, señora, me basta. Creeré lo que usted me diga á ojos cerrados.

Doña Viviana. (Aparte á Roque.) Veniga usted, Roque, me ayudará á disponer la funcion. (A doña Clara.)

Cuidado, Clarita, que Anselmo no ha de dormir hoy en casa.

ESCENA VI.

DOÑA CLARA. LUCÍA.

Doña Clara. Y bien, Lucía, quieres que la abra?... No me respondes!... Ah, Lucía! tan trémula estoy

yo como tú... — Dime; sabes tú... la verdad! de quién es esta carta?

Lucía. Me lo figuro, señora.

Doña Clara. Y consientes en que la lea?

Lucía. (Juntando las manos.) Ah, si señora, si... léala usted para mi castigo!

Doña Clara. (Mirando la firma.) «Julian.» Quién es este Julian?

Lucía. Un jóven... sobrino de don Vicente el ebanista... que estaba de pasante con un escribano... pero lo ha dejado por quedarse en el obrador de su tío.

Doña Clara. Y por qué?

Lucía. Porque... don Vicente tiene el obrador frente de casa.

Doña Clara. Ya! con que ese jóven te solicita?

Lucía. Creo que si... Hace ya mas de un año que me persigue... pero yo nunca le he hecho caso... Oh, eso lo puedo jurar.

Doña Clara. De veras?

Lucía. Lea usted, lea usted... verá usted como toda la carta se vuelve ruegos y quejas... siempre se está quejando... y me da una lástima!...

Doña Clara. (Leyendo conmovida.) Con que nada tienes que echarte en cara?

Lucía. Nada, señora. Yo nunca le he dado pie... y él me quiere tanto! Es tan guapo... mientras que Roque se ha vuelto tan desconfiado, tan regañon, tan celoso...

Doña Clara. Y ha sido siempre así?

Lucía. No señora; de recién casado era mas amable; pero de algun tiempo á esta parte se ha mudado tanto...

Doña Clara. Desde cuándo?

Lucía. Desde... no sé.

Doña Clara. Pues yo creo que lo sé. Lucía, no será de poco mas de un año á esta parte?

Lucía. Cómo!...

Doña Clara. Si; desde que ese Julian te ha parecido amable, tu marido ha dejado de parecértelo. Es desconfiado, es celoso desde que tú le has dado motivo para que lo sea. Su mal humor, su aspereza son obra tuya, Lucía!

Lucía. Ah, señora!

Doña Clara. Y si tú supieras, hija mía, qué porvenir te estás preparando! un paso mas que des... un solo paso... te hace perder para toda la vida la felicidad y el sosiego! (*Lucía se estremece.*) No quiero hablarte de la amargura, del martirio que sentirá tu corazón entregado á un tardío arrepentimiento... del continuo recelo, de la sospecha, de la desconfianza que reinarán en tu marido... Piensa solamente que no pasará un dia en el cual no se cubra cien veces tu frente de rubor, temblando á cada instante que una palabra, una contradicción, un descuido descubra tu secreto... Vivirás temerosa de tus vecinos... de tus conocidos; dependiente de algun criado que haya adivinado lo que pasa en tu corazón y se crea con derecho para avergonzarte y hacerte á cada paso bajar los ojos... y si despues de pasar el dia en tan continuada agonía, piensas hallar descanso por la noche... lo piensas en vano!... porque no podrás dormir... no! La memoria de tu delito te perseguirá hasta en sueños, y aun durmiendo temerás descubrir el secreto.

Lucía. Ah, Dios mio!... qué horror!...

Doña Clara. Sí, si... creeme, Lucía; todavía es tiempo para tí! — Borra de tu corazón esas ideas... bórralas, que bien se puede cuando bien se quiere... No vuelvas á verle... padecerás, lo creo; pero no serás verdaderamente desgraciada.

Lucía. (*Llorando.*) Qué mas desgraciada!

Doña Clara. Ah! no digas eso... tú no sabes lo que son remordimientos...

Lucía. Qué dice usted?...

Doña Clara. Que ahora mismo, en medio de esas lágrimas, de esa lucha interior, hallas alivio y consuelo en la estimación de tí propia, en la mía, en la pureza de tu conciencia... Pero la que una vez ha olvidado sus deberes... — En fin, Lucía, tú te has criado en casa, me interesa tu suerte, y quiero libertarte de una desgracia... — Tienes un marido hombre de bien, que te quiere... hasta ahora has sido feliz con él... tú seguirás siéndolo si quieres... me lo prometes? Con esa condición rompo la carta, (*La rompe.*) y nada sa-

brá. — Le diré que eres lo que yo quiero que seas... y lo que en efecto eres, no es verdad?... una muger de bien.

Lucía. Si señora, eso sí!... yo se lo juro á usted!...—
(*Llorando.*) Mucha pena me va á costar... pero no importa... seguiré los consejos de usted!...—Y qué decía en la carta?

Doña Clara. Quería verte... te pedia una cita...

Lucía. Pobrecillo!

Doña Clara. Pero no hay que pensar en eso... Si viene, huir de él.

Lucía. Sí señora... mejor es no verle!...

Doña Clara. Ten confianza en mí... cuéntamelo todo... que yo no te abandonaré.

Lucía. Sí, todo... y usted me consolará y me dará valor... (*Vase llorando.*)

ESCENA VII.

DOÑA CLARA.

Pobre criatura!... ah! me tendré por feliz si puedo salvarla. (*Siéntase, apoyando el codo en la mesa y la frente en la mano, y mira un rato cavilosa y abatida las cartas que tiene abiertas sobre la mesa.*) Acabemos de leer. (*Abre una carta.*) De mi padre. (*Besa la carta.*) «Clara mía, hija de mi corazón; si aun
»puedo nombrarte, si aun tengo esperanzas de estre-
»charte en mis brazos, lo debo al mas noble, al mas
»generoso de los hombres, al que te di por esposo.
»A su valor, á su arrojo debo la vida que ya estuve á
»punto de perder entre las lanzas enemigas.» — Dios mio! — «Pero aun le debo mas; porque la vida no es
»lo primero para un militar; le debo el honor; le
»debo la conservacion de cuarenta años de servicios
»sin tacha, que iban á oscurecerse para siempre en
»un momento desgraciado. Qué hacia yo con morir?
»Un general no cumple con morir. Sorprendido y
»envuelto; de resultas de avisos falsos, muerto mi ca-
»ballo y desordenadas mis tropas, apareció Enrique,
»tu esposo, á la cabeza de un puñado de valientes, y
»la derrota se convirtió en victoria, y el día de mi

»deshonra y mi muerte se trocó en el dia mas glorioso de mi vida. Te escribo conmovido y bañando este papel con lágrimas!... Yo tengo ya sesenta años y no puedo vivir para pagarle este beneficio. A tí, hija mía, á tí te encomiendo esta deuda sagrada... tú eres la única que puede pagársela, haciéndole tan feliz como él ha hecho á tu padre...» (*Deja caer la frente en las manos.*) Dios mio, Dios mio!...

ESCENA VIII.

ANSELMO. DOÑA CLARA, *sentada.*

Doña Clara. Quién viene ahora?... Es Anselmo.

Anselmo. Aquí estoy, señora; cumpliendo con la orden de usted.

Doña Clara. Ciertamente. (*Con empacho.*) Es posible, es posible, Anselmo, que me vea obligada á ser severa con usted? Bien sabe usted cuántas bondades, cuántas consideraciones le he dispensado hasta ahora.

Anselmo. (*Con frialdad.*) Es verdad; pero una vez que su señora tía ha resuelto que me despida usted...

Doña Clara. (*Con dulzura.*) He dicho yo algo de eso? He consentido en ello acaso? No es esto decir que tal vez no lo haya usted merecido...

Anselmo. (*Impaciente.*) Yo!

Doña Clara. (*Con viveza y temor.*) Al menos así lo cree mi tía; pero yo no puedo olvidar que mi marido... que Enrique le estima á usted, que usted le ha criado; y si aun hoy continuo usando de indulgencia con usted es por consideracion á él.

Anselmo. A él, pues, se lo agradezco, señora, y este beneficio mas le deberé á mi amo.

Doña Clara. Y á mi, Anselmo, no cree usted que me debe nada?

Anselmo. Sí señora; y en otro tiempo me he mostrado muy agradecido.

Doña Clara. Y por qué despues ha cambiado usted tanto? En qué consiste que ya ni mi tía ni yo le merecemos á usted aquellas atenciones que debíamos esperar?

Anselmo. Si eso es así, bastante lo siento; pero yo no

sé fingir : no está en mi mano. Podrá ser que me haya equivocado , que esté en un error : ay , ojalá ! daría toda mi sangre.

Doña Clara. (*Levantándose y con mas confianza.*) No le entiendo á usted , Anselmo. Vamos , esplíquese usted sin temor. Qué hay ?

Anselmo. Lo que hay , señora , es que yo quiero á mi amo sobre todas las cosas de este mundo ; que así él como su padre me han llenado de beneficios , que yo y todos los míos estamos ya acostumbrados á considerarnos como si fuéramos de su propia familia , y que sacrificarnos por él no es en nosotros mérito ni obligacion , es nuestra vida , nuestra existencia...

Doña Clara. Lo sé ; y qué ?

Anselmo. Y qué !... que cuando á los pocos dias de casado marchó á campaña , me dijo : « Anselmo , mi patria me llama , no sé cuánto tiempo estaré ausente : » no sé si volveré : aqui te dejo... cuidamela mucho , » confío en tí ; mira que es lo que mas amo en la tierra. »

Doña Clara. (*Enternecida.*) Eso dijo !...

Anselmo. Si señora !... y yo le respondi : « Amo mio , » vaya usted tranquilo... yo respondo de todo. »

Doña Clara. Y ha cumplido usted su palabra... qué bien me acuerdo , cuando se prendió fuego á la quinta...

Anselmo. Eh ! no queria yo hablar de eso... otras cosas deberia yo haber cuidado...

Doña Clara. Qué quiere usted decir ?

Anselmo. Que algunas veces ha habido aqui ciertas personas... ciertas reuniones... su tia de usted lo disponia... anda con Dios !... no digo yo que llevase intencion...

Doña Clara. Cómo !

Anselmo. Pero los pocos años... la falta de mundo... no sabe uno muchas veces adónde le puede precipitar un... Ah ! por mi voto , todos aquellos forasteros hubieran tomado la puerta.

Doña Clara. No sé. Todos eran parientes , amigos de mi marido... No entiendo , Anselmo , lo que quiere usted decir... Acabe usted. Nadie ha podido nunca echarme en cara... nadie ha observado...

Anselmo. No, nadie, gracias á Dios! — Pero yo... yo solo... que siempre estoy alerta... de dia y de noche... he creido ver!... Es verdad que soy muy viejo... que ya la vista me flaquea... (*Mirándola cara á cara.*) pero, por desgracia, ahora no me ha engañado; yo he visto...

Doña Clara. Qué?... acabemos... esto es mucho padecer!... hable usted; lo quiero, lo mando.

Anselmo. (*Con acento terrible.*) Usted me lo manda!... á mí?

Doña Clara. (*Aterrada.*) No, no!... (*Disimulando.*) porque aqui viene mi tia, y... si no fuera por eso, Anselmo, yo averignaria qué significa ese lenguaje... que, á la verdad, no puedo comprender.

Anselmo. No?... Dios haga que sea asi!

ESCENA IX.

ANSELMO. DOÑA VIVIANA. DOÑA CLARA.

Doña Viviana. Cómo! todavía está aqui este hombre!... yo pensaba, sobrina, que la conferencia sería para despedirlo.

Doña Clara. Si; pero hemos tenido esplicaciones, y ha prometido ser en adelante mas respetuoso, mas complaciente con usted... (*Mirando á Anselmo.*) No es cierto? (*Señal de aprobacion de Anselmo.*)

Doña Viviana. Ya es tarde para esas promesas. — Si ahora exijo que se le despida, no es por mí, sino por ti.

Doña Clara. Cómo es eso?

Doña Viviana. Si señor; se ha jactado de que se quedaría en casa, á pesar tuyo.

Doña Clara. Es posible!

Doña Viviana. En mi cara me lo ha dicho. Que tú ni puedes ni te atreverás á despedirlo, y en Dios y en mi conciencia, que si ahora no lo haces, creeré que ha tenido fundamento para decirlo.

Doña Clara. (*Turbada.*) Tia! (*Pasando entre doña Viviana y Anselmo.*) Usted me obliga á ello, Anselmo, usted mismo conoce que no puede permanecer en casa.

Doña Viviana. Friolera es!

Anselmo. (Admirado.) Cómo! Usted me despide?

Doña Clara. Usted lo ha querido.

Anselmo. (Con dolor.) Ah! no es posible, no es posible que usted me eche de casa.

Doña Viviana. Ves qué insolencia!

Anselmo. Eh! lo que yo quiero decir es que la señora no querrá dar ese sentimiento al amo.

Doña Viviana. Nada, no te obedece!...

Doña Clara. (Con emociion.) Basta, salga usted de casa.

Doña Viviana. Y ahora mismo, ahora mismo, porque yo lo mando.

Anselmo. Sí, me iré, ya que mi único apoyo, mi único protector no está aquí... pero él volverá, y entonces, si pregunta por qué han despedido á su fiel Anselmo... si lo pregunta!

Doña Viviana. Salga usted!

Anselmo. (Mirando á doña Clara.) Yo le responderé, señora! (Vase.)

Doña Clara. (Cayendo en la silla de la derecha.) Ah! no puedo tenerme en pie!

Doña Viviana. Vaya usted... vaya usted de aquí. No faltaba más! — (Viendo á doña Clara.) Calla! ya te has puesto mala por una vez que has manifestado un poco de energia!

Doña Clara. No, tia, no es nada; ya pasará.

ESCENA X.

DOÑA CLARA, sentada. DOÑA VIVIANA. ROQUE.

Roque. (Entrando con misterio por la izquierda y hablando á doña Viviana.) Señora!...

Doña Viviana. Qué hay, Roque?

Roque. (A media voz.) Acaba de llegar un señor á caballo... un desconocido... se ha apeado en el patio, y dice que quiere ver primero á usted.

Doña Viviana. Gran Dios! si será...

Roque. Justamente... yo creo que es él.

Doña Viviana. (Mirando á doña Clara.) Cómo la alejaría de aquí! — Clarita.

Doña Clara. (Mirando á doña Viviana y á Roque con

aire receloso.) Qué es eso? Qué tienen ustedes? Por qué me miran así? (*Se levanta.*—*Roque.*—*Doña Clara.*—*Doña Viviana.*) Se me figura que todos tienen conmigo un aire tan misterioso!...

Doña Viviana. Y no deja de haber misterios. (*Aparte.*) Le confiaré la mitad del secreto, para ocultarle la otra mitad.—Clarita mía, necesitamos que nos dejes solos, y que no sepas nada hasta que sea tiempo.

Doña Clara. De qué?

Doña Viviana. De una sorpresa que te estamos preparando... una fiesta.

Doña Clara. Una fiesta! á mí... ahora! (*Aparte.*) En buena ocasión!

Doña Viviana. Pues no sabes que hoy es tu cumpleaños? Ya no te acordabas! Vaya, vete, y déjate sorprender.

Doña Clara. A la verdad, que no me acordaba... (*Forzando una sonrisa.*) Gracias, querida tía, gracias. (*Yéndose.*)

Roque. (*Acercándose á doña Clara.*) Señorita... Si usted quisiese decirme algo... sobre aquella carta de mi muger...

Doña Clara. Ah! ya me había olvidado!...—No temas nada, Roque; vive tranquilo... era de una señora amiga mía, que la encargaba un traje.

Roque. De veras! no podía menos! Ay! Señorita! qué peso me quita usted!

Doña Clara. Sí, pobre Roque... vive dichoso!

Doña Viviana. Con que, Clarita...

Doña Clara. Tía? (*Aparte.*) Una fiesta, Dios mío! cuando no estoy en mí! —

Roque. (*Aparte.*) Ay! qué abrazo le voy á dar á mi Lucía!...

Doña Viviana. Te encargo que vayas al tocador, y te esmeres un poco.

Doña Clara. Por qué?

Doña Viviana. He convidado varias gentes... no faltará alguna persona de tu agrado...

Doña Clara. (*Aparte.*) Ah! —Voy á darle á usted gusto.—Disimulemos... no hay remedio! (*Vase por la derecha.*)

Doña Viviana. (Después de acompañarla.) Di á ese caballero que entre.

Roque. No está lejos. (Vase por la izquierda.)

Doña Viviana. No hay duda, es mi sobrino!... El drama se prepara maravillosamente! qué sorpresa! qué escena tan romántica!

ESCENA XI.

DOÑA VIVIANA. DON ENRIQUE. ROQUE.

Roque. Pase usted adelante.

Doña Viviana. El es... mi Enrique!...

Enrique. Querida tia!

Doña Viviana. Chit... no hables tan alto...—*Roque,* anda, y cuida que nadie venga á sorprendernos. (Vase Roque.)

Enrique. (Mirando al rededor.) Pero qué misterios son estos?... Si me habré equivocado, y no será esta mi quinta... Me han tenido haciendo antesala un cuarto de hora... y ahora ni me deja usted hablar, ni abrazarla, ni...

Doña Viviana. Sí tal; pero...

Enrique. Y mi Clara... mi muger... dónde está?

Doña Viviana. Chit... silencio... precisamente por ella no quiero que hables alto... no tiene antecedente alguno de tu venida, y la estamos disponiendo una sorpresa.

Enrique. Ah!... vaya!... ahora lo entiendo... ya no me acordaba de su afición de usted al romanticismo... Lance en que usted intervenga, cómo habia de pasar así, natural y sencillamente!... sin algun golpe de teatro... aunque sea una catástrofe... Pues yo, tia, soy muy clásico, y opino por entrar á abrazar á mi muger cuanto antes.

Doña Viviana. No entres por Dios... dame ese gusto... aguarda siquiera cinco minutos... está acabando de vestirse...

Enrique. Pero, tia, por qué dilatar ni cinco minutos?... Ha sido ran larga nuestra ausencia!... separarme de ella al mes de casados!...

Doña Viviana. Fue cosa terrible!

Enrique. Y ya ve usted!... mi primer amor... la única inclinacion de mi vida...

Doña Viviana. Y cuál va á ser su conmocion, su gozo!... ella no sabe nada... ni el peligro que corrió su padre en esa accion cuando tú le salvaste la vida... ni tu ascenso á general... ay!... cuando te vea con la faja!... Pero, y mi hermano, cómo no ha venido contigo á abrazar á su hija... la escena pierde mucho de patético con esa falta!

Enrique. Una ligera contusion que recibí al caer del caballo le ha impedido venir conmigo... pero dentro de pocos dias... La guerra toca á su término, y tengo datos para creer que no pasará este mes de Agosto sin que concluya enteramente... Pero, dígame usted: y mi viejo Anselmo?... cómo es que no le veo por aqui? (*Con temor.*) Vive todavia, no es verdad?

Doña Viviana. Sí, vive.

Enrique. Es ya tan viejo el pobre, que siempre que me separo de él, temo no volverle á ver.

Doña Viviana. No está ahora en la quinta... ya sabrás por qué.

Enrique. Lo siento mucho... quisiera darle un abrazo... El me ha visto nacer, me ha criado... me quiere como á un hijo... y, la verdad, tengo tal costumbre de verle siempre á mi lado, que cuando no le oigo gruñir y regañar por casa, se me figura que me falta algo!... Pero y mi Clara?... por qué tarda?... Qué linda estará, no es cierto?

Doña Viviana. Como una plata!... es la admiracion de todos!

Enrique. Hola!... y usted, querida tia, á fuer de honrada dueña, habrá sido un argos para defender el tesoro que la dejé confiado?

Doña Viviana. Como me hubiera defendido á mi misma!

Enrique. Lo creo.

Doña Viviana. Para que no se aflijiese tanto en tu ausencia, la he buscado distracciones, la he llevado á tertulias, á la ópera...

Enrique. Muy bien hecho... su felicidad es mi único afan.

Doña Viviana. Oh! en Valencia hemos tenido una ópera brillante este año!... y en cuanto á dramas román-

ticos, han hecho algunos divinos!... no veíamos uno que no le costase á Clarita un ataque de nervios... Mucho, mucho se ha divertido. En los bailes á que la llevé era el ídolo, la adoracion de los concurrentes... iba tan bien puesta, tan elegante!... y si la vieras valsar!... Pero á poco volvió á apoderarse de ella la melancolia... no quiso ya asistir á ninguna sociedad... nos vinimos á la quinta... y hace ocho meses que no habla mas que de tí, ni piensa mas que en tí... y está tristona y bastante malucha!

Enrique. Qué dice usted?... mala!... Entonces no hay que pensar... renuncio decididamente.

Doña Viviana. El qué?

Enrique. Se me ha ofrecido un buen gobierno para Ultramar... pero mi Clara padecería mucho en el viaje, en la navegacion... no, no me separo de ella. Ah! ella es mi vida, mi felicidad... yo no podría vivir si la perdiese. Ya he cumplido como buen español, he ayudado á salvar la patria... he adquirido honores, grados... Basta de ambicion: me quedo en mi quinta: pasaré el resto de mi vida en paz al lado de mi Clara...—Pero, tia, ya ha pasado lo menos un cuarto de hora... yo no espero mas...

Doña Viviana. Aguarda. Vamos, te iniciaré en el arcano. Has de saber que hoy es el cumpleaños de Clara...

Enrique. Calle usted!... y es verdad... 15 de Agosto... hoy es... y hoy nos volvemos á ver!... qué feliz casualidad!...

Doña Viviana. Felicísima!... Pues bien: hé aqui el drama que he dispuesto. He convidado varios amigos y amigas á comer á la quinta... oyes un coche? ya van llegando! Entran á esta sala; aqui sale Clarita... todos la felicitan... En esto, rompo yo por medio de ellos trayéndote de la mano, y al decirle: «Sobrina!... recibe mi parabien,»—te arrojo en sus brazos. Golpe de teatro.

Enrique. Bravo!... Diga usted, y cae el telon?

Doña Viviana. Picarillo!...

ESCENA XII.

ROQUE. DOÑA VIVIANA. DON ENRIQUE.

Roque. Señora, señora, una porcion de gente ha llegado ya... qué les digo?

Doña Viviana. Que entren, que entren... Tú, sobrino mio, entra tambien en esa pieza, hasta que yo te avise.

Enrique. Vamos allá!

Doña Viviana. Y no chistes! (*A Roque.*) Cuidado, tú, con alguna torpeza!... Ay! qué bien va á salir todo!... (*Entra don Enrique por la izquierda. Roque va á introducir los convidados.*)

ESCENA XIII.

LUCÍA. DOÑA VIVIANA. ROQUE. *Convidados de ambos sexos.*
Luego DOÑA CLARA; luego DON ENRIQUE.

Doña Viviana. Bien venidos!... qué puntualidad!... A Dios, Rosita... Oh! señor contador... Amigas mias... Señores... un dia de campo... Por aqui, por aqui ustedes, que va á salir mi Clara. (*Besa á unas, á otras da la mano, á otros saluda, los hace acercar, los aleja, los coloca segun le parece, yendo y viniendo en continuo movimiento.*) Aquí está!

Doña Clara. (*Que sale adornada con sencillez.*) Amigas mias... Señores... gracias, gracias por tanta bondad! (*A los convidados que se acercan á cumplimentarla.*) (Ah! tener que sonreir, cuando el corazon está despedazado!)

Doña Viviana. Qué hermosa!... qué hermosa!...

Roque. (*Acercándose.*) Señorita, mi Lucía y yo traemos estos ramilletes que ofrecer á usted...

Lucía. Si señora; en muestra de mi gratitud...

Doña Clara. (*Tomándolos.*) Gracias, amigos mios; sed siempre felices...

Doña Viviana. (*Adelantándose hácia el medio.*) Ahora escuchadme todos! (*Murmullo de sorpresa.*)

Roque. Aquí viene lo bueno!

Doña Viviana. Tambien yo quiero obsequiar á mi ama-

da sobrina con un presente que ha de ser muy grato á su corazon... (*Aparte á Roque.*) Anda, dile que salga; tráetelo por aqui detras. (*Roque entra por la izquierda. Doña Viviana se acerca á doña Clara.*)

Doña Clara. Un presente, tía!... y cuál?... enséñemelo usted.

Doña Viviana. (*Lleva de la mano á doña Clara hácia el grupo de la izquierda, que se entreabre y deja ver á don Enrique.*) Miralo!

Doña Clara. Ah!... mi esposo!... (*Da un grito, retrocede y cae desmayada en brazos de su tía y de las señoras. Don Enrique se echa á sus pies. Movimiento general de confusion. Cae el telon.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.



Gabinete de doña Clara. Dos puertas laterales: la de la derecha del actor es la de entrada general; la de la izquierda da á la alcoba de doña Clara. En el proscenio á la izquierda hay un canapé y dos sillones; á la derecha un velador con recado de escribir.

ESCENA PRIMERA.

LUCÍA *en pie, junto á la puerta izquierda.*

No me atrevo á entrar en la alcoba... qué mala se puso anoche!... y es todavía tan temprano, que... Pero me ha parecido oír la campanilla... puede que se haya empeorado... Yo me resuelvo. (*Toca muy despacio á la puerta.*) Ya abren.

ESCENA II.

LUCÍA. DON ENRIQUE.

Lucía. Buenos días, señor. Cómo sigue la señorita?

Enrique. Creo que no será cosa de cuidado... Aquel desmayo nos asustó á todos... le duró tanto tiempo! Luego que volvió en sí la acometió una fiebre horrorosa... algunos ratos hasta con delirio... así ha pasado casi toda la noche... pero afortunadamente está mejor... ahora se halla muy tranquila. Ya no necesita mas que quietud y cuidado.

Lucía. Gracias á Dios.

Enrique. Con tal que á mi tia no se le ocurra prepararnos otra sorpresa...

Lucía. Ay! la pobre señora está inconsolable!...

Enrique. Lo creo... Ella es quien mas se ha asustado... pero nada... no se enmendará... Cuando una vieja da en ser novelesca, no tiene remedio.

Lucía. Ella se figuró que la iba á dar un buen rato...

Enrique. Tienes razon!... toda la culpa es mia, que me presté á semejante extravagancia... yo tambien con la alegría de haber vuelto á mi casa, estaba en aquel momento medio tonto!... En fin... pobre señora!... dile que mi muger ha preguntado por ella... y que si da palabra de no empeñarse en producir efectos ni golpes de teatro, si se resigna á obrar y á hablar como una persona natural, puede venir al cuarto de Clara.

Lucía A su alcoba?

Enrique. No: ahora se va á levantar... ella lo desea, y el médico dice que no hay inconveniente. La mañana está hermosa y el aire la hará provecho.

Lucía. Ah! ya sale. (*Va al encuentro de doña Clara y la ayuda á sentar en el canapé, permaneciendo á su derecha, y don Enrique á su izquierda.*)

ESCENA III.

LUCÍA. DOÑA CLARA. DON ENRIQUE.

Lucía. Cómo se siente usted, señorita?

Doña Clara. Muy débil, en particular la cabeza... pero esto pasará.

Enrique. Yo creo que ya esta noche no te repetirá la fiebre.

Doña Clara. Yo lo espero tambien! Pero por qué ha vuelto el médico esta mañana? me pareció que te hablaba en secreto... qué te decia? estoy peor?

Enrique. No por cierto! Pero ayer me asusté tanto, creyendo al verte en aquel estado que fuese cosa de gravedad, que encargué al médico viniese hoy temprano con los dos facultativos mejores que hubiese en Valencia.

Doña Clara. Cómo!

Enrique. Sí, querida mia... has estado amenazada nada menos que de una consulta... figúrate... tres médicos contra ti!... pero tranquilízate: la consulta se ha convertido en un almuerzo que les he dispuesto, encargando de hacer los honores de la mesa á tu señora tia.

Lucía. Ya han concluido; pero todavía siguen de sobremesa.

Enrique. Oh! estará en sus glorias!... tres médicos es ya cosa de tragedia! Voy á ver... no te vayas, Lucía, vuelvo al instante.

ESCENA IV.

LUCÍA. DOÑA CLARA.

Lucía. (Mirándole ir.) Qué señor tan guapo! Vaya! no se puede negar que tiene razon Anselmo.

Doña Clara. (Aterrada.) Anselmo!... cielos!... está Anselmo en la quinta?

Lucía. Ay Dios!... qué siente usted?... qué temblor!... qué agitacion!... Serénese usted, señorita!

Doña Clara. (Serenándose.) Estoy serena. Qué es lo que decias?

Lucía. Decia que tiene razon Anselmo... es imposible no querer al señor don Enrique!... tan bueno! tan cariñoso! Y cómo la quiere á usted!... Si hubiera usted visto cómo la cuidaba!...

Doña Clara. Si?

Lucía. El lo hacia todo... no ha permitido que nadie se quedase con usted mas que él solo.

Doña Clara. En efecto; esta mañana cuando llamé, le vi al lado de mi cama.

Lucía. Toma!... yo lo creo... si no se ha acostado... ahí ha pasado toda la noche á su cabecera de usted.

Doña Clara. A mi cabecera?

Lucía. Como estaba usted tan recargada.

Doña Clara. Qué me dices?

Lucía. Con mucha calentura, y algunos ratos un delirio...

Doña Clara. Y cuando tenia el delirio... quién estaba á mi lado?

Lucía. El, señorita, él solo.

Doña Clara. (Aparte.) Dios mio!

Lucía. Eso se llama un marido!... qué gracia tiene que usted le adore!... y no que yo...

Doña Clara. Qué dices?

Lucía. Yo haré lo posible por seguir los consejos que

me dió usted ayer... y Dios dirá... pero soy muy desgraciada.

Doña Clara. Y por qué?

Lucía. Ha de saber usted, señorita, que Julian ha venido á la quinta... con pretexto de traer la sillería nueva, y presentar la cuenta... Yo estoy huyendo de él; pero me está persiguiendo... y Roque ya lo ha observado... estos maridos lo ven todo!...

Doña Clara. Vamos... acaba.

Lucía. Verdad es que no ha visto una carta que Julian me echó al paso en el delantal...

Doña Clara. Y qué te dice?

Lucía. Qué por Dios le responda... y que deje la respuesta en el rosal que está junto al cenador... y que si me empeño en huir de él y no hablarle va á hacer una atrocidad.

Doña Clara. A matarse?...

Lucía. No señora... á casarse!... con una novia que le ha buscado su tío.

Doña Clara. Pues bien, Lucía, en vez de impedirlo, debes aconsejarle que lo haga.

Lucía. Yo no tengo valor...

Doña Clara. Dime: no deseas su felicidad?

Lucía. Ay! sí señora!... pero entonces no volverá á acordarse de mí... me aborrecerá!...

Doña Clara. Al contrario: entonces te estimará mas... y nunca podrá olvidarse de ti.

Lucía. Ay! señorita!... pues le escribiré... le escribiré... yo se lo ofrezco á usted!... y al instante... Aquí vuelve el señor don Enrique. (*Doña Clara se sienta en el canapé.*)

ESCENA V.

DON ENRIQUE. LUCÍA. DOÑA CLARA.

Enrique. La tía está en su centro con los médicos! (*A Lucía.*) La han recetado solamente unas gotas de no sé qué bebida, que pondrás en el velador de su alcoba.

Lucía. Bien, señor.

Enrique. Porque aunque ya no hay cuidado, dicen que como está tan débil, la menor conmocion haria que

le repitiese la calentura, y ese delirio que tanto me asustó anoche.

Lucía. La menor conmocion?... pues voy, voy...

Enrique. Sí: prevénlo á todos; es preciso mucho cuidado para que no se altere por nada. (*Vase Lucía.*)

Doña Clara. (*Con inquietud.*) Qué es eso?

Enrique. (*Sentándose á su derecha en el canapé.*) Nada... Los médicos se vuelven á Valencia, porque ya, gracias á Dios, no los necesitamos. Mi cariño y mis cuidados acabarán de ponerte buena... Basto yo solo para cuidar de lo que mas amo en el mundo.

Doña Clara. Ah! tus bondades me confunden!

Enrique. Qué dices! esta es mi obligacion y mi mayor placer! No puedes figurarte, en medio del cuidado que tenia, cuán feliz era yo esta noche sentado á la cabecera de tu cama cuidando yo solo de tí... estrechando tu mano entre las mias, respirando tu aliento, contemplando tus facciones, aunque alteradas por tu padecimiento... Algunas veces en el delirio, hablabas...

Doña Clara. Oh Dios!

Enrique. Medias palabras... no pude entender...

Doña Clara. Ah! (*Respirando consolada.*)

Enrique. Solo percibi mi nombre... que lo pronunciaste varias veces... «Enrique... Enrique...» tú me llamabas, y yo estaba tan cerca de tí como estoy ahora!

Doña Clara. Ah! por qué te fuiste de mi lado!

Enrique. Era preciso, alma mia! La patria peligraba... yo era militar... Ademas, tu padre iba á Navarra á mandar una division, y yo me propuse estar siempre á su lado, defenderlo, conservarlo á tu amor... y lo he cumplido á riesgo de mi vida. Sí, Clara mia, dentro de breves dias le abrazarás... y á tu esposo le debes esta dicha. Pero si vieras qué largos se me hacian los dias, y qué amargo el peligro, temiendo no verte á ver! Cien veces, si el honor y la vida de tu padre no me hubieran detenido, hubiese volado aquí á sorprenderte, á arrojarme en tus brazos y decirte: «Clara mia, yo no puedo vivir sin tí!» —Pero, gracias al cielo, ya termina la guerra, y vuelvo á gozar esta felicidad! Reflexiona, reflexiona, vida mia, la suerte que nos espera! A quién tenemos que envidiar

en la tierra? A nadie; nosotros sí daremos envidia al mundo entero!

Doña Clara. Enrique!...

Enrique. Vamos, vamos; cuéntame, cuéntame todo lo que has hecho en mi ausencia, lo que te has divertido... los amigos que te han acompañado... he notado muchas mudanzas en la quinta... Anselmo no está aquí...

Doña Clara. (Turbada.) Anselmo!...

Enrique. No sé dónde se ha ido... él quedó encargado de todo... y siempre viene á darme cuenta...

Doña Clara. (Mas turbada.) Anselmo!... á darte cuenta!...

Enrique. (Tomándole la mano.) Qué tienes?

Doña Clara. Nada...

Enrique. Sí, si... te has alterado!

Doña Clara. No... nada...

Enrique. (Sin soltarle la mano.) Me han dicho que ayer se marchó... mucho sentí no abrazarlo... pero no puede estar sino en los molinos, y ya lo he mandado llamar...

Doña Clara. (Agitada.) Va á venir?

Enrique. Esta misma mañana, regularmente... pero qué es esto!... tu mano está ardiendo!... te vuelve otra vez la fiebre!...

Doña Clara. (Delirando, y retirando repentinamente la mano.) No... no... estoy buena...

Enrique. (Levantándose.) Dios mio!... me da cuidado! (Llamando.) Lucia!—(Asomándose á la ventana.) Ya se han ido los médicos... Esa bebida que mandaron... si la habrán traído á la alcoba... (Entra en la alcoba.)

Doña Clara. Qué fuego! Dios mio! qué fuego! se me saltan las sienas! dónde estoy? (Escuchando.) Oigo pasos... quién viene? quién viene?

Enrique. (Saliendo.) Aun no la han traído... qué calma!... (Viendo que doña Clara se levanta y anda.) Cielos!... qué agitacion!... qué desencajada está!... Clara!...

Doña Clara. (Delirando.) Silencio! no oyes? ya sube... ahí está!!

Enrique. Quién?

Doña Clara. Anselmo! Anselmo delante de mí!... Ay! cómo tiemblo!... por más que escondo la cara... él me está viendo... él me mira... (*Echándose en brazos de don Enrique.*) Ah! quien quiera que seas... por compasión, escóndeme... que no me vea Anselmo! si llega á verme dirá: «Allí está... esa es culpable!»

Enrique. Clara! qué dices! qué calumnia!...

Doña Clara. No, no... su boca no calumnia... ha dicho la verdad!

Enrique. Qué delirio te ofusca!... piensa en tí, piensa en tu padre...

Doña Clara. Mi padre! Ah! padre mio, ven, ampárame, llévame de aquí! Ves ese jóven... ese pariente de Enrique?

Enrique. Un pariente mio! quién?

Doña Clara. No le ves? Viene de Valencia... entra en la quinta... dentro de ocho dias se va al ejército... mi tia se empeña en que pase esos ocho dias con nosotros... no... yo no quiero... yo no debo permitirlo... porque has de saber que ese jóven me ha hecho una declaracion amorosa... ah! yo no amo mas que á mi Enrique! El pobre llora, se desespera, yo quisiera consolarlo... dejaré caer este ramo de violetas... ya lo ha visto... lo recoge... mira, mira cómo lo lleva á los labios!... cómo lo guarda en el seno! (*Con un suspiro.*) Ah! por fortuna ya han pasado los ocho dias y mañana se va!... Qué ruido es ese? quién viene? quién entra asi en mi cuarto... á media noche... por ese balcón! El es!!... Ah! yo he tenido la culpa! yo le he hecho alimentar esperanzas criminales... mi ligereza le ha animado á semejante audacia... Salga usted! déjeme usted, suélteme usted, su vista me horroriza!

Enrique. Oh rabia!

Doña Clara. Yo no amo mas que á Enrique; Enrique, ven á defenderme; aun soy digna de tí... ven! ven! (*Con desesperacion.*) No... vete! (*Cayendo de rodillas.*)

Dios mio! padre mio! perdon!

Enrique. Calla, desgraciada, calla!

Doña Clara. Si, si, es preciso callarlo; dan las doce... vuelve á bajarse por el mismo balcon... si lo verán! hoy es Nochebuena, y aun no se ha recogido la familia... qué ha sonado? un tiro! ah! lo habrán visto...

:

Ha sido Anselmo! Anselmo! y no poder evitar sus miradas! temblar en su presencia, ruborizarme delante de un criado! Ah! si yo le pidiese perdon... No, no; jamas me perdonará... Qué he de hacer?... voy á matarme!

Enrique. Qué dices!

Doña Clara. No puedo... tengo miedo! pero si Enrique viene... yo tendré valor para confesárselo... Ahí está! Dios mio, ayudadme! Enrique... Enrique... yo te he faltado... per... do... na... mé... (*Cayendo en el canapé. Se cierran sus ojos: deja caer la cabeza y queda aletargada. Enrique se sienta junto á la mesa de la derecha, apoyada la cabeza en las manos, y sumergido en cavilaciones.*)

ESCENA VI.

DON ENRIQUE. DOÑA CLARA. DOÑA VIVIANA. LUCÍA.

Lucía. (*Entrando.*) Despacito; ya sabe usted lo que le he dicho: nada que la pueda alterar.

Doña Viviana. Parece que está dormida. (*A don Enrique.*) Qué tienes tú? estás tambien desencajado!

Enrique. Yo no tengo nada, tia. (*Aparte.*) Yo beberé la sangre de ese infame! —Lucia, vete allí y no te apartes de su lado. (*Lucía se acerca á doña Clara. Enrique lleva á doña Viviana á la derecha.*) Dígame usted, tia...

Doña Viviana. Lo que quieras te diré; pero ante todas cosas da un vistazo á esa lista.

Enrique. Qué es esto ahora?

Doña Viviana. Las personas á quienes se ha de dar parte de tu llegada; cosa muy natural: las que en tu ausencia nos han acompañado constantemente... me parece que...

Enrique. Con que durante mi ausencia venia aqui mucha gente, eh?

Doña Viviana. Muchísima!... ya ves, á una legua de Valencia... venian á comer, y se volvian á la noche..

Enrique. Se volvian? y no solian quedarse algunos? Bien podia usted de cuando en cuando haber hecho que pasaran aqui unos dias...

Doña Viviana. Solo una vez sucedió , y bien á pesar de Clarita , que se oponia con tanto empeño , vamos , que no queria ; pero al fin se quedó ocho días , y me alegro que sea de tu aprobacion. Era un jóven pariente tuyo...

Enrique. Ah , era un pariente mio !

Doña Viviana. Si ; Eduardo Mendoza.

Enrique. Eduardo !...

Doña Viviana. Que estaba empeñado en ir al ejército y tú le conseguiste una charretera. (*Don Enrique se sienta junto á la mesa y se dispone á escribir.*) Qué es eso ? qué vas á hacer ?

Enrique. Como no veo su nombre en la lista , voy á escribirle convidándolo á venir á la quinta...

Doña Viviana. Estás loco ?

Enrique. Tengo que hablarle.

Doña Viviana. Pues no sabes que ha muerto ?

Enrique. Qué dice usted ?

Doña Viviana. Hace ya seis meses , apenas llegó al ejército , en la primera accion le dieron un balazo.

Enrique. Ha muerto !

Doña Viviana. Se lo tenia dicho ; era un calaveron !...

Enrique. Ha muerto !... (*Aparte , dejando caer la pluma.*) Y ahora en quién me he de vengar ? (*Mirando á doña Clara.*) En quién ?... en esa infeliz !

Lucía. Señor , ya vuelve en sí... ya abre los ojos...

Doña Clara. Ah , cuánto he padecido ! qué sueño tan horroroso... (*Mirando alrededor.*) Tia , tia , dónde está ?

Doña Viviana. Ahí le tienes , no se separa de ti. (*A don Enrique.*) Sobrino...

Doña Clara. Enrique , ven acá. (*Don Enrique se acerca silencioso. Doña Clara le toma la mano y la lleva á sus labios.*) Ya estoy mejor , me siento tan aliviada cuando estás junto á mí !

ESCENA VII.

DICHOS. ROQUE.

(*Roque se coloca entre doña Viviana y don Enrique.*)

Roque. Señor... (*Aparte.*) Ay , gracias á Dios que está aqui mi muger ; no sabia ya dónde andaba. — Señor,

aquel que usted mandó llamar está ahí; quiere hablar con usted.

Enrique. Quién?

Roque. Mi tío Anselmo.

Doña Viviana, doña Clara y Enrique. Anselmo!... (*Doña Clara fuera de sí se levanta como por un movimiento convulsivo.*)

Enrique. (*Teniéndola con la mano.*) Qué haces? (*Aparte.*) No va á poder resistir su presencia. — (*A Roque.*) Que espere... luego... de aquí á un rato le veré.

Roque. Está bien, señor. (*Vase. Doña Clara hace un ademán de alegría, y vuelve á dejarse caer en el sofá.*)

Enrique. (*Aparte mirándola.*) Ya se tranquiliza, infeliz! — La vergüenza y la muerte estan impresas en su rostro! Y su padre!... le costaría la vida... No: yo le juré hacerla dichosa, y el haber ella faltado á su juramento no me autoriza á mi para faltar al mio. (*Acercándose á doña Clara.*) Serénate, Clara; tranquilidad es lo que mas necesitas.

Doña Viviana. (*Sentándose junto á la mesa de la derecha.*) Seguro; tranquilidad y distraccion. (*A doña Clara.*) Si quieres nos quedaremos á entretenerte con alguna conversacion; qué te parece, Lucía?

Lucía. Bien, muy bien.

Doña Viviana. Ay, qué idea! — Sobrino, tú que vienes de la guerra podías divertirla contándole las batallas en que te has hallado, el día en que libertaste la vida de su padre y las demas aventuras que te habrán sucedido. Tú, Clarita, no tienes mas que hacer que escuchar.

Enrique. Si, escuchar.

Doña Clara. Ah! te escucharé con placer.

Lucía. Qué gusto! escuchemos todos.

Roque. (*Saliendo.*) Señor, dice que no quiere ver mas que á usted solo.

Enrique. Quién?

Roque. Anselmo.

Enrique. No puede ser. (*Despues de reflexionar un instante.*) Sí, que entre.

Roque. Está el pobre con unas ganas de ver á usted, que ya no puede mas; ahí viene.

Doña Clara. Las fuerzas me abandonan.

ESCENA VIII.

DICHOS. ANSELMO, con los ojos bajos.

Anselmo. (Se acerca á don Enrique y le besa la mano.)

Ah, mi querido amo!

Enrique. Bien, ahora hablaremos.

Anselmo. Ah señor!

Doña Viviana. Basta; cálese.

Roque. Pues qué...

Doña Viviana. Y usted también, Roque.

Roque. Cómo, pues qué hay?

Lucía. (Que ha pasado junto á él.) Que el señor nos va á contar una historia.

Roque. Eso es otra cosa!...

Doña Viviana. Silencio. (Doña Clara está en el canapé.—Don Enrique en un sillón á su derecha.—Doña Viviana junto á don Enrique.—Lucía en una silla á la izquierda de doña Clara.—Roque y Anselmo de pie á la derecha de doña Viviana.)

Enrique. (Después de unos instantes de silencio.) Habrán ustedes de saber que á fines del año pasado de 1838, necesitando el general en jefe valerse de una persona de su mas íntima confianza que pasase á conferenciar sobre cierta combinacion militar, con el jefe del ejército del Centro, tuvo la bondad de poner los ojos en mí. La faccion de Aragon estaba interpuesta, y yo tenia que pasar por medio de ella. No me detendré ahora en referirles á ustedes las precauciones que tomé... los disfraces que tuve que adoptar para no ser conocido si tropezaba con los facciosos.

Doña Viviana. Pues no debias pasar eso por alto... son detalles muy interesantes...

Enrique. Pero ya son conocidos... afeitarse los bigotes... tomar pasaporte con otro nombre, conservando las iniciales de la marca de la ropa... llevar una cartera con muestras de paños... En fin, el resultado es que atravesé el pais sin novedad. Para dirigirme al cuartel general del centro tuve que pasar por muy cerca de Valencia, y por consiguiente por muy cerca de esta quinta.

Doña Viviana. Y cuándo fue eso?

Enrique. No lo he dicho? á fines del año pasado; por el mes de diciembre.

Lucía. Vea usted!

Enrique. Verme tan cerca de mi esposa, y no darle un abrazo, se me hacia tan duro!... y despues de una ausencia tan larga!... Por otra parte, mi comision era delicadísima... mi viaje debia ser ignorado de todos, y presentándome en la quinta hubiera corrido la voz de mi llegada. En este caso, qué hago? escribo dos renglones á Clara, única persona á quien quise prevenir... y me dirijo á esta quinta el dia de Nochebuena... á las doce de la noche.

Doña Clara. (*Asombrada y trémula.*) Qué dices?

Enrique. Me has ofrecido guardar silencio... y dejarme acabar.

Doña Viviana y Lucía. Es cierto.

Doña Viviana. No interrumpas, sobrina. (*A Enrique.*) Sigue, sigue.

Enrique. Pues señor, llego... y salto la tapia del jardín. *Anselmo.* Qué oigo!

Doña Clara. (*Cada vez mas trémula.*) Dios mio!

Enrique. Creí que podria volverme tambien sin tropiezo, gracias á la oscuridad de la noche... pero uno... no sé quién... me vió sin duda, al descolgarme por ese balcon... y tomándome acaso por algun ladron... caten ustedes que me dispára un tiro.

Doña Clara. (*Dando un grito y cubriéndose el rostro.*)

Ah! (*Estendiendo sus manos hácia don Enrique, y casi de rodillas.*) Enrique! Enrique!

Enrique. Calle usted... yo lo mando!

Anselmo. (*Aparte.*) Bárbaro de mí!

Roque. Qué es eso, tío?

Doña Viviana. Jesus! qué aventura! pero lo mas extraordinario es... que... sí!... ahora recuerdo... era en Diciembre... el dia de Nochebuena...

Enrique. Justamente.

Doña Viviana. Por señas que aquella misma tarde marchó para el ejército tu primo Eduardo. (*Enrique hace un ademan de cólera.*) Qué noche tan oscura! qué ventisca! qué llover! Ya hacia mas de una hora que habiamos hecho colacion, y Clarita se habia subido á su cuarto... cuando oí un ruido... así... como de su-

bir por la reja de mi alcoba... que cae debajo de ese balcon...

Enrique. (Interrumpiéndola.) Era yo.

Anselmo. (Confundido.) Era usted, señor!

Doña Viviana. Y lo que mas me chocaba era que me parecia oír de cuando en cuando la voz de un hombre.

Enrique. (Colérico.) De un hombre!... *(Conteniéndose.)* Era yo.

Anselmo. Es posible!... Y yo... aun estoy temblando!... yo que le disparé á usted!

Enrique. Qué dices?

Anselmo. (Acercándose á Enrique.) Sí, señor; aquel tiro que usted oyó... yo le disparé!... La puntería estaba bien hecha, aunque desde bastante distancia... pero por fortuna me temblaba la mano. A no ser por eso... Dios mio! aqui en su propia casa, el que mas le quiere, le hubiera... Ay! amo mio!... amo de mi alma!...

Enrique. Vamos, calla... No vayas ahora á desconsolarte... fue una ligereza que... *(Lucía pasa á la derecha al lado de Roque.)*

Anselmo. Ah! si fuera esa sola!... si no tuviera otro delito mayor de que acusarme!... Pero uno he cometido, señor, que no me lo perdonaré jamas! *(Acercándose á doña Clara, y arrodillándose delante de ella.)* Señora... mi digna y virtuosa señora... yo soy un miserable, un infame! Yo he cometido la vileza de sospechar de usted... Ocho meses hace que la estoy ultrajando y acusando con mis acciones... Cómo podia usted faltar á un esposo semejante!... era una traicion, que no podia caber en esa alma!... Y yo... miserable de mí!... he podido sospecharlo!!...

Doña Clara. (Levantándolo.) Anselmo!

Anselmo. Y usted ha sido tan buena que me ha sufrido por tanto tiempo!... porque hasta hoy no he recibido mi castigo... hasta hoy... que me ha despedido usted.

Doña Viviana. Bien, Anselmo, bien: ya que usted confiesa sus yerros... tambien nosotros los olvidamos. Ahora, todo depende de su amo de usted.

Anselmo. Señor!... me perdonará usted?

Enrique. (Con frialdad.) Yo puedo perdonar las injurias que se me hacen á mí; pero nunca perdonaré un ultraje hecho á mi esposa. Ya veré lo que puedo hacer por ti... Pero entre tanto, puesto que tu ama te ha despedido... vete.

Anselmo. Ah! qué crueldad! pero la merezco, amor mio, la merezco! (Acercándose á doña Clara.) Señora... he sido muy culpable!... pero usted, que es la misma virtud, dignese interceder por mí!

Enrique. Tia... permitanos usted un momento... (Doña Viviana se va.) Salios un rato á fuera... (A Roque y Lucía que se van. — Anselmo quiere volver á suplicarle.) Vete! (Vase Anselmo.)

ESCENA IX.

DON ENRIQUE. DOÑA CLARA.

(*Enrique permanece de pie en el fondo, sumergido en reflexiones. — Doña Clara se vuelve hácia él... quisiera hablarle, y no se atreve... Por fin, no pudiendo reprimir los sollozos, cae de rodillas, dirigiéndose al cielo, pero con la espalda vuelta á Enrique.*)

Enrique. (Acercándose.) Vamos, Clara... qué haces?

Doña Clara. Ay! no me atrevo á mirarte ni á hablarte... Dios mio!... si supieras lo que pasa en mi alma!...

Enrique. Levántate... y escúchame. (Doña Clara se levanta, y se acerca lentamente á Enrique con la cabeza baja.)

Doña Clara. Ah! Enrique...

Enrique. (Con frialdad.) No me lo agradezcas... Todo esto lo hago por tu padre, que se moriría de pena si lo supiera... lo hago por él... y por mí. Quiero que la muger que lleva mi apellido sea respetada y honrada... ya lo he conseguido... te he hecho recobrar la estimacion de todos.

Doña Clara. Pero no la tuya!... Enrique, no trataré de disculparme con tu larga ausencia, con la falta de tus consejos... con mil circunstancias, en fin, que han favorecido esa ligereza, esa imprudencia que,

à pesar mio, me ha perdido para siempre!... No: bien sé que nada de eso puede excusar ni disminuir mi culpa; y el cielo... ó mis remordimientos, que te la han revelado, te prueban que conozco toda su estension... Pero si tu generosidad es tanta, que no te permite castigarme y vengarte... yo lo haré... y te prometo que mi muerte...

Enrique. Qué estás diciendo?

Doña Clara. Si... es ya mi único recurso... mi única esperanza!...

Enrique. Con que tú crees que un delito se espía cometiendo otro? No: para arrepentirse y purgar una culpa, es preciso vivir... Pero como esto requiere mucho valor, comprendo que es mas cómodo matarse...

Doña Clara. Ah! Enrique... te obedeceré.

Enrique. Tú vivirás... pero lejos de mí. Quiero que esta separacion se haga sin ruidos, sin escándalo... A mi cuidado queda el salvar las apariencias. En cuanto á tí, puesto que me has prometido obedecerme... ahora sabrás lo que dispongo de tí... lo que espero de tí... Vuelvo.

Doña Clara. Una palabra mas... porque todo me indica que te veo por la última vez!... una palabra!...

Enrique. Ya te escucho... qué quieres?

Doña Clara. Yo me someteré á todo lo que dispongas, por rigoroso que sea... Pero no me quites toda esperanza! —Dime... allá... algun día... cuando mis facciones ajadas ya por el sufrimiento y por los años... cuando estas megillas surcadas por las lágrimas, te digan que he llorado bastante mi delito... allá... si... de aquí á muchos años... podré... entonces esperar?... (*Enrique, para ocultar su conmocion, quiere irse.*) Ah! no te vayas!... un instante... un instante no mas!... quiero pedirte... una gracia... (*Enrique, que ha llegado á la puerta, se detiene.*) no para mí... Anselmo... quedará despedido?... Tendré que añadir á todas mis culpas la de haberte privado de un amigo, de un fiel criado?

Enrique. Volverá... yo se lo diré... Espérame aqui.

Doña Clara. Bien está. (*Vase Enrique.*)

ESCENA X.

DOÑA CLARA. Luego ROQUE. LUCÍA.

Doña Clara. Se va, me deja. — Qué suerte tan dichosa me esperaba, Dios mio! qué porvenir tan halagüeño me sonreía! cuántas felicidades, que yo he destruido en ún momento de extravío! — Gente viene. (*Enjugándose prontamente las lágrimas.*) Por él... por su propio honor ocultaré mis lágrimas. (*Afectando sonreír.*) Ah! es Lucía y su marido.

Roque. (*Trayendo del brazo á Lucía, la cual pasa á la izquierda de doña Clara.*) Si, mi Lucía, soy el mas feliz de los hombres, y te quiero mas que nunca.

Lucía. Y por qué?

Roque. El por qué yo me lo sé, y lo sabrá todo el mundo, empezando por la señorita, que ha sido testigo de mis cavilaciones.

Doña Clara. Qué dices?

Roque. Sí señora; á pesar de lo que usted me aseguró... tocante á aquella carta, yo no las tenia todas conmigo! porque habia observado hace tiempo que un cierto Julianillo... sobrino de don Vicente el ebánista, andaba tras de mi muger... yo tambien andaba... de suerte que los tres andábamos siempre revueltos. Esta mañana le vi que estaba rondando el cenador del jardin, y que registró cuatro veces el rosal que hay alli. — Yo estaba tendido entre las murtas observando... cuando á poco veo llegar á esta señorita con mucho misterio, tirar una carta entre el rosal y echar á correr. Me levanto, cojo la carta, y aunque no era para mí, zís, zás, la abro.

Lucía. Dios mio!

Roque. La leo, y... aun me dura la alegría! alli le dice que no se canse en perseguirla... que no le quiere, porque ella á quien quiere es á mí, á mí! á mi solito!... Huy!... pobrecilla!

Lucía. (*Aparte á doña Clara.*) Ah! Señora!... todo se lo debo á usted!

Roque. Con que volví á dejar alli mi carta, me tiendo, y á poco cata al barbilindo que viene por ella. — Si viera usted qué muecas hizo! qué ademanes tan... uf!... if!... Puhá!... se arrancaba los pelos!

Lucía. Pobre muchacho!

Roque. También á mi me daba lástima!... y me daba gusto... porque me convencía de que mi muger...

Lucía. Tu muger... (*Mirando á doña Clara.*) ha tenido quien le dé buenos consejos...

Roque. Pues bien, de aquí adelante haz lo que te dé la gana; entra, sal, yo no diré esta boca es mía; te querré mucho, te daré siempre gusto, te obedeceré en todo, porque eres buena, pichona mía!

Lucía. (*Se acerca y le toma la mano, mirando conmovida á doña Clara.*) Sí, mi querido Roque! yo te ofrezco ser siempre buena, y hacerte feliz. (*Haciéndole pasar junto á doña Clara.*) Da las gracias á la señora, y vámonos.

Roque. Gracias... de qué?

Lucía. Dale las gracias!

Roque. Bien. Te he prometido obedecerte... (*A doña Clara.*) Señora...

Doña Clara. Bien, Roque; bien, Lucía. Sois muy felices, no es cierto? (*Aparte.*) Ah! yo la he salvado!

ESCENA XI.

DICHOS. DOÑA VIVIANA. ANSELMO, *que permanece detras de ella.*

Doña Viviana. Sobrina... sobrina... qué noticia! Le han nombrado capitán general de... allá... qué sé yo... de Filipinas... ello es en América. Ahí han venido una porción de gentes á darle la enhorabuena. Oyes?... oyes?... Vaya! si cuando da en soplar la suerte...

Lucía. Ay! Señorita!... todas son hoy felicidades!

Doña Clara. Sí, hija mía... todas!

ESCENA XII.

DICHOS. DON ENRIQUE.

Enrique. (*Desde la puerta.*) A Dios, señores; mil gracias... mil gracias...

(*La colocación es: Enrique. — Doña Viviana. — Doña Clara. — Anselmo. — Lucía. — Roque.*)

Anselmo. (*A doña Clara.*) Usted ha querido, señora,

que este dia sea feliz para todos; porque gracias á su intercesion, mi amo me ha perdonado.

Doña Clara. Ah! mucho se lo agradezco.

Anselmo. Y yo, señora, no puedo esplicar lo que siento aqui... pero la quiero á usted... tanto como á mi amo; la admiro, la venero, quisiera poder servirla de rodillas...

Lucía. Tiene razon.

Roque. Ya se ve!

Doña Clara. Basta, basta, amigos míos. (*Aparte.*) Y he de estar usurpando el aprecio de todos!

Enrique. (*Despues de despedir á las visitas se adelanta al proscenio con doña Viviana.*) Ya conoce usted, querida tia, que el nombramiento que acabo de recibir me pone en el caso de marchar á Madrid.

Doña Viviana. Ya me hago cargo; sí, iremos todos á acompañarte á la corte: no te parece, sobrina?

Enrique. Por ahora... eso será algo difícil; porque los pliegos que he recibido me obligan á marchar ahora mismo. Pero antes tengo que dar algunos encargos á mi muger... permítame usted...

Doña Viviana. Válgame Dios!...

Enrique. (*Acercándose á doña Clara y llevándola al proscenio; mientras doña Viviana, Anselmo, Lucía y Roque se quedan en el fondo.*) Esta mañana pensaba renunciar ese gobierno que me habian ofrecido por no separarme de tu lado, pero ahora acabo de aceptarlo. Antes de salir de España, he querido dejar arreglados mis asuntos; y (*Dándola un papel.*) aqui tienes un documento que contiene mi espresa voluntad.

Doña Clara. Yo la cumpliré.

Enrique. En él te aseguro desde este dia la mitad de mis bienes, y la otra mitad despues de mi muerte.

Doña Clara. (*Yendo á rasgar el papel.*) Ah!

Enrique. (*Impidiéndolo.*) No puede usted rehusarlo; me ha jurado usted obedecerme: cumpla usted al menos una vez sus juramentos.

Doña Clara. (*Bajando la cabeza avergonzada.*) Ay, Enrique!

Enrique. (*Volviéndose y abrazando á doña Viviana.*) Voy á marchar. Á Dios! (*Aparte mirando á Ansel-*

mo.) Pobre Anselmo, ya no volveré á verle! —Ven acá, pobre viejo, abrázame!...

Anselmo. Ay, amo mio!

Enrique. (*Esforzándose á sonreir.*) Se me saltan las lágrimas... y no sé por qué.

Anselmo. Yo sí lo sé, señor... de gozo, de felicidad.

Enrique. Tienes razon. Vaya, marchemos al instante.
(*Se dirige á la puerta.*)

Doña Viviana. Y tu muger, no te despides de ella?

Enrique. (*Deteniéndose.*) Es verdad... (*Acercándose á doña Clara y tomándole la mano.*) A Dios, Clara, á Dios. (*Va á marchar.*)

Doña Clara. (*Mirándole con aire suplicante.*) Enrique, nos estan mirando.

Enrique. Ah, tienes razon! (*La abraza.*)

Doña Viviana. Espero que dentro de siete ú ocho dias nos veremos.

Enrique. Sí, querida tia, dentro de algunos dias.

Doña Clara. (*Aparte á Enrique.*) Será cierto?

Enrique. (*Aparte á doña Clara.*) Jamas!

Roque y Lucía. A Dios, señor.

Anselmo. A Dios, mi querido amo. } (*A un tiempo.*)

Doña Viviana. Buen viaje, sobrino. }

(*Acompañan á Enrique, el cual da la última mirada á su esposa.*)

Doña Clara. (*Que permanece inmóvil, alza los ojos al cielo y cae de rodillas.*) Dios justo, déjame vivir para volverlo á ver!...

FIN DEL DRAMA.

sion.—Hijo predilecto.—Hijos de Eduardo.—Hijos de Satanás.—Hombre de bien.—Hom-
 rdo.—Hombre de mundo.—Hombre mas feo de Francia.—Hombre misterioso.—Hombre
 o.—Hombre feliz.—Honor español (comedia).—Honor español (alegoria).—Honoria.—Hon-
 rovecho.—Hostería de Segura.—Haz bien sin mirar á quién.—Hombre propone.—Hija de
 n Gil.
 provisiones.—Incertidumbre y amor.—Independencia.—Independientes.—Infanta Ga-
 —Intriga y amor.—Intrigar para morir.—Ir por lana.—Isabel de Babiera.—Yerros de la
 ud.—Ya murió Napoleon.
 obo II.—Jadraque y París.—Juana de Castilla.—Juana y Juanita.—Juan Dandolo.—Juan
 —Juan de Padilla.—Judía de Toledo.—Juglar.—Juicios de Dios.—Jusep el Veronés.—
 e Santa Gadea.—Justicia aragonesa.—Juan el tullido.—Juego de la gallina ciega.
 ces de Carnaval.—Lázaro el pastor.—Lealtad de una mujer.—Libelo.—Loca de Lóndres.—
 ingida.—Lobo marino.—Lo vivo y lo pintado.—Lucrecia Borgia.—Lucio Junio Bruto.—
 —Luis oncenno.—Llueven bofetones.—La pasion y muerte de Jesus.—Los dos primos.—
 a.—Luis y Luisito.
 e Allan.—Macias.—Madre de Pelayo.—Magdalena.—Mekbet.—Mansion del crimen.—Mar-
 b) á cuál de los tres.—Marcelino el tapicero.—Margarita de Borgoña.—María Remond.—
 o de la bailarina.—Marido de mi mujer.—Marido y el amante.—Marino Faliero.—Massa-
 —Mas vale llegar á tiempo.—Máscara reconciliadora.—Matamuertos y el cruel.—Máteo, ó
 del Espagnoletto.—Matilde.—Me voy á casar.—Me voy de Madrid.—Médico y huérfana.—
 as extraordinarias.—Mejor razon la espada.—Memorias del diablo.—Memorias de un co-
 —Memorias de un padre.—Mentir con noble intencion.—Mercader flamenco.—Mi Dios
 si empleo y mi mujer.—Miguel y Cristina.—Mi honra por su vida.—Mi Secretario y yo.—
 ios de Madrid.—Mi tío el jobobado.—Molinera.—Molino de Guadalajara.—Morisca de Ala-
 —Mocedades de Hernan-Cortés.—Muérete y verás.—Mujer de un artista.—Mujer gazmo-
 —Mujer literata.—Mulato.—Mauregato, ó el feudo de cien doncellas.—Maestro de esgrima.—
 o de baile.—Manchó, piso y quemo.—Mesa giratoria.—Martirios del corazon.
 el tío ni el sobrino.—Noche toledana.—No ganamos para sustos.—No hay mal que por
 o venga.—No hay humo sin fuego.—No mas mostrador.—No mas muchachos.—No siem-
 amor es ciego.—Novia de palo.—Novio y el concierto.—No hay vida mas que en París.—
 el verano.—Nuevo sistema conyugal.—Novio de China.
 ar cual noble aun con celos.—Ocasion por los cabellos.—Odio y amor.—Oliva y el lau-
 tra casa con dos puertas.—Otro diablo predicador.—Ocasion.
 olo el marino.—Pablo y Paulina.—Paciencia y barajar.—Pacto del hambre.—Padre é hijo.—
 de la novia.—Padrino á mogicones.—Page.—Palo de ciego.—Pandilla.—Parador de Bai-
 'aria.—Parte del diablo.—Partidos.—Para un traidor un leal.—Partir á tiempo.—Pascual
 anza.—Pala de Cabra.—Pedro Fernandez.—Pelo de la dehesa, 1.ª parte.—Pelo de la
 , 2.ª parte.—Peluquero de antaño.—Pena del Talion.—Perder y cobrar el cetro.—Perla
 elona.—Periquito entre ellos.—Perros del monte de S. Bernardo.—Pesquisas de Patri-
 Pilluelo de Paris.—Plan de un drama.—Plan, plan.—Pluma prodigiosa.—Pobre preten-
 —Poeta y beneficiada.—Polvos de la madre Celestina.—Ponchada.—Por él y por mí.—
 —esplicarse.—Por no decir la verdad.—Pozo de los enamorados.—Premio del vencedor.—
 libre.—Primera leccion de amor.—Primerio yo.—Primeros amores.—Primito.—Príncipe
 na.—Probar fortuna.—Pro y contra.—Proscripto.—Protestante.—Pruebas de amor con-
 —Puntapié y un retrato.—Puñal del godó.—Por derecho de conquista.—Pava trufada.—
 oio de un reinado.—Programa de Manzanares.
 or dirán —Qué hombre tan amable.—Quien mas pone pierde mas.—Quiero ser cómica.—
 —ser cómico.—Quince años despues.—Quien á cuchillo mata.
 oillette y la carta.—Redaccion de un periódico.—Redoma encantada.—República cony-
 uete y monge —Rey loco.—Rey se divierte.—Rey y el aventurero.—Reina por fuerza.—Re-
 —Ribera ó la fortuna, etc.—Ricardo Darlington.—Rico por fuerza.—Rigor de las desdi-
 —Roberto D'Artevelde.—Roberto Dillon.—Rodrigo.—Rosmunda.—Rueda de la fortuna, 1.ª
 —Rueda de la fortuna, 2.ª parte.—Robert Macaire.—Rey de los azotes.—Retratos y ori-
 l.—Samuel.—Sancho Garcia.—Santiago el corsario.—Secretario privado.—Segundo año.—
 la dama duende.—Ser buen padre y ser buen hijo.—Siglo XVIII y siglo XIX.—Simon Bo-
 —Simpatias.—Sin nombre.—Sitio de Bilbao.—Sociedad de los trece.—Sofronia —Sola-
 un prisionero.—Solitarios, zarzuela.—Soltera, viuda y casada.—Solterona.—Soprano.—
 —Soto.—Soto mayor.—Stradella.—Shakespeare enamorado.—Si te pica, ráscate.—Sálve-
 te pueda.—Soy yo, zarzuela.—Santiaguillo, zarzuela.
 to vales cuanto tienes.—Tasso.—Teodoro.—Testamento.—Tienda del rey don Sancho.—
 le Bengala.—Tio Marcelo.—Tio Tararira.—Todo es farsa en este mundo.—Toma y daca.—
 —Trompa.—Toros y cañas.—Tran Tran.—Tras él á Flandes.—Travesuras de Juana.—Tren-
 —Tres cabellos.—Tres enemigos del alma.—Trovador.—Tu amor ó la muerte.—Tumba sal-
 —Tutora.—Tomás el montañés.
 eria.— ¡¡Vaya un par!! —Vellido Dolfos.—Veneciana.—Venganza de un caballero.—Ven-
 de un pechero.—Ventorrillo de Alfarache.—Ventas de Cárdenas.—Vengar con amor sus
 —Vicente Paul, ó los espósitos.—Vaso de agua.—Verdad por la mentira.—Verdad vence
 —Macias.—Vieja del candilejo.—Vigilante.—Viriato.—Virtud en la deshonra.—Visionaria.—

Vuelta de Estanislao.—Valentin el guarda costas.—Ver para creer.—Victima de la calun Vicio y la virtud.

Un alma de artista.—Un año y un dia.— Un artista.—Un desafio.—Un dia de campo.— de 1823.—Un francés en Cartagena.—Un liberal.—Un ministro.—Un monarca y su priv Un novio para la niña.—Un novio á pedir de boca.—Un par de alhajas.—Un paseo á Bec do.—Un secreto de familia.—Un tercero en discordia.—Un tio en Indias.—Una aventura d los II.—Una ausencia.—Una boda improvisada.—Una cadena.—Una vieja.—Una de tantas y no mas.—Una mujer generosa.—Una noche en Burgos.—Una retirada á tiempo.—Una no conspira.—Un verdadero hombre de bien.—Un cambio de mano.—Un Jesuita.—Un i como hoy muchos.—Un trueno.—Un baile de candil.—Ultima calaverada.—Una perla en go.—Una noche y una aurora.—Union liberal.—Un pie y un zapato.

Zaida.—Zapatero y rey, 1.ª parte.—Zapatero y rey, 2.ª parte.

ESTA GALERIA

Consta de mas de 600 producciones, de las que se han formado :

12 tomos del **teatro antiguo español de Tirso de Molina**, á 460

80 idem del **moderno español**, á 20 rs. cada uno.

40 idem del **extrangero**, á 20 rs. cada uno.

Se vende en Madrid, en las librerías de CUESTA y RIOS, calle de Car y en las provincias en los puntos siguientes:

Alicante, Ibarra. - *Alcoy*, Viuda é hijos de Martí. - *Almería*, Alvarez. - *Avila*, Aguada bacete, Ródenas. - *Almaden*, Cabanillas. - *Badajoz*, Viuda de Carrillo. - *Barcelona*, Piferre navente, Fidalgo. - *Bilbao*, García. - *Burgos*, Arnaiz. - *Barbastro*, Viuda de Lafita. - *Cácer menez*. - *Cádiz*, Viuda de Moraleda. - *Córdoba*, Arroyo. - *Cuenca*, Mariana. - *Ciudad-Real* laguilla. - *Cartagena*, Berruezo. - *Coruña*, Labagi. - *Ferrol*, Tajonera. - *Guadalajara*, Sar Granada, Zamora. - *Habana*, Charlain y Fernandez. - *Huelva*, Osorno. - *Jaen*, Calle. - *Jerez no*. - *Leon*, Argüello. - *Lérida*, Rexach. - *Logroño*, Verdejo. - *Lugo*, Viuda de Pujol. - *Lin lleja y compañía*. - *Milaga*, Medina. - *Murcia*, Riera. - *Mahon*, Vinen. - *Orense*, Perez. - Alvarez. - *Puerto de Santa María*, Valderrama. - *Palencia*, Camazon. - *Palma de Mallorca bert*. - *Pamplona*, Ochoa. - *Plasencia*, Pis. - *Puerto Rico*, Mestre. - *Reus*, Molner. - *Ronda ti*. - *Salamanca*, Viuda é hijos de Blanco. - *Santiago*, A. Calleja y compañía. - *Santa C Tenerife*, Povver. - *Segovia*, Alonso. - *San Sebastian*, Garralda. - *Sevilla*, Hidalgo y com, Soria, Perez Rioja. - *San Lucar*, Esper. - *Seron*, Fernandez. - *Santander*, Basañez. - *Terc quedano*. - *Toledo*, Hernandez. - *Talavera*, Sanchez Castro. - *Tarragona*, Nevot. - *Valenc varro*. - *Valladolid*, Hijos de Rodriguez. - *Vitoria*, Echevarría. - *Villanueva y Geltrú*, C Bertran. - *Vergara*, Oyarvide. - *Zaragoza*, Viuda de Heredia y Yagüe.

En las mismas librerías se venden las obras siguientes :

Figaro: cuatro tomos en 8.º marquilla con el retrato y biografía, 400 rs.

Alvarez: Derecho real, 2 tomos, 40.

Bossi: Derecho penal, 2 tomos, 36.

Astronomía de Arago: un tomo, 44.

Estas tres obras fueron aprobadas por la Direccion general de estudio útiles á la enseñanza pública.

Poesías de D. José Zorrilla: 13 tomos que se espenden sueltos, 220.

— de **D. José de Espronceda**, con su retrato y biografía: un tomo, 40.

— de **D. Tomás Rodríguez Rubí**: un tomo, 40.

Recuerdos y fantasías por D. José Zorrilla: un tomo, 40.

La Azucena silvestre por el mismo, un tomo, 40.

Ensayos poéticos de D. Juan Eugenio Hartzenbusch: un tomo, 20.

La Isla de Cuba considerada económicamente, por el Sr. D. Ramon Pasaron tra, Intendente que fué de la misma: un tomo en 4.º

Coleccion de novelas históricas originales españolas, que consta de veinte y nt total de tomos, á 8 rs. cada uno.

El dogma de los hombres libres: un tomo, 8.

Respuesta al dogma de los hombres libres: un tomo, 6.

Composiciones del Estudiante, en verso y prosa: un tomo, 42

Tauromaquia de Montes: un tomo, 44.

Memorias del príncipe de la Paz: seis tomos, 70.

Arte de declamacion, por Latorre, un folleto; 4.